

a. 6536.

DOMINGO F. SARMIENTO

NÚMERO ÚNICO

Homenaje de los alumnos
del Colegio Nacional al Gran
Educacionista en su primer
Centenario * * * * *

Rosario, Junio de 1911

EXPOSICION 1911

En las vidrieras

que dan á la calle Córdoba, podrán apreciar el producto de la Provincia de Catamarca (Andalgalá)

Se trata de vino blanco

para mesa, fabricado con uva moscatel, puesto en venta después de tres años de cosecha

La excelencia

de su bondad hace que muchos con justicia prefieran á otros que se cotizan á altos precios

HAGAN HONOR AL PRODUCTO NACIONAL

y contribuyan así al engrandecimiento del país.

EN VENTA:

COOPERATIVA NACIONAL DE CONSUMOS

Córdoba esquina Entre Ríos

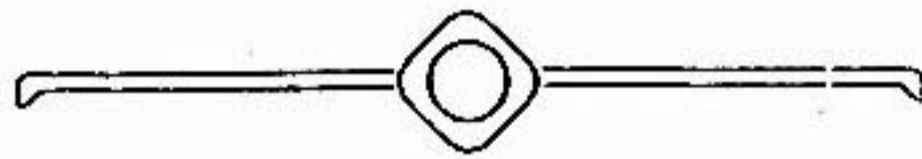
Teléfono 2307 y 1310

Rosario de Santa Fé

A. 6536.

DOMINGO F. SARMIENTO

NÚMERO ÚNICO



Director: Enrique Almada

== Secretarios de Redacción ==

- = Angel D. Cardoso = -

= = Vicente Saggese = =

Rosario, Junio de 1911

SARMIENTO

No quiero que Sarmiento sea para mí lo que ha sido para muchos, un pretexto para lucir con más ó menos éxito la propia personalidad.

Habéis de saber que ansío alcanzar alguna perfección y que nunca sería por cierto ante un ejemplar tal de honradez y grandeza espiritual que me vería tentada á renegar mis anhelos.

No hablo con el objeto de rendirle homenaje.

El no necesita que le rindan homenaje sinó que necesita que lo comprendan.

¡Ah! los homenajes que ha recibido ¡Dios santo!

Si por algún poder misterioso hubiera podido él enterarse de lo que se ha hecho en honor suyo, seguramente que más de una vez, al tiempo que estremecianse de espanto sus cenizas, habría exclamado, parodiando la conocida frase; ¡ah! posteridad, posteridad; cuantos y cuantos crímenes se cometen en mi nombre . . .

Empiezo por suponer, con buen tino, que á vosotros no os interesa absolutamente nada, el saber, que yo admiro á Sarmiento. Esto por sí solo no me da ningún realce y muy por el contrario me quita toda *originalidad*. Ante todo habría que ver porqué motivos lo admiro, y si lo comprendo tanto ó más que los otros.

Porque verdaderamente lo que él necesita es que lo comprendan. ¿Que valor tiene esa admiración inconsciente que con harta facilidad suscita la sugestión en las masas ignorantes?

Muy poco, por no decir ninguno.

Domingo F. Sarmiento

Casi todo lo que se ha hecho por enaltecer y perpetuar su memoria ha sido más perjudicial que provechoso. Lo primordial faltaba. No lo han comprendido. Comprender? ¡Ah! comprender. . . . Qué mundos no caben en esta sola palabra? . . .

Alguien dijo, con gracia: Para comprender á Sarmiento hay que saber leer, saber leer sus obras, y para ver hasta que punto no lo han comprendido, hay que leer lo que los otros han escrito sobre él.

En nuestro país, (patriótico es confesarlo) la verdadera crítica no existe porque falta cultura.

Sarmiento es para casi todos, un ser indeterminado, que hay que venerar, nadie sabe mucho porqué.

No perderé el tiempo en lamentaciones por mucho que la consideración de nuestras miserias se preste á él. Pero seguramente consentiréis conmigo, en que es menester, saber porque se admira.

Si se pudiera desnudar los hechos, de todas las fuerzas espirituales que lleva consigo, veríamos que no hay diferencia entre el más pequeño y el más grande de los hombres. Pero es tan imposible despojar á los hechos de las fuerzas espirituales creadoras, como querer que algo sea y no sea al mismo tiempo. La voluntad, el sentimiento, la conciencia entera del individuo, deja su huella en la obra tan perceptible y profunda que no puede ser confundida con otra.

Otros, antes y después que Sarmiento, fundaron escuelas, se afanaron por el progreso de la instrucción pública, fueron escritores, generales, ó presidentes, sin que por eso se creyeran las generaciones obligadas á perpetuar su memoria.

Domingo F. Sarmiento

No basta conocer su vida, ni leer sus obras para comprenderlo, es necesario penetrar el sentido de ellas.

El ha sido más que todo eso. Ha sido un hombre entero y veraz, que ha sabido tomar la actitud del triunfador, que ha sabido conquistar el puesto que merecía. Tuvo la noción exacta de su propio valer, por eso se impuso.

Los hombres vulgares parece que vivieran, escusándose del no ser hombres, acumulando apariencias para esconder la falta de sustancia interior.

Pero él no se escondía. ¡Ahí está la gran lección! ¡No se escondía!

Antes de estar de acuerdo con los demás estaba de acuerdo consigo mismo. La experiencia no consiguió oprimirlo, aunque una ó mil veces pudo comprobar la pequeñez ó la envidia de sus contemporáneos. Tenía plena confianza en si mismo, obraba según su criterio ó inclinaciones sin temor de equivocarse, ni de caer en el ridículo, ni de tener que contradecirse mañana.

«No os inquiete la luz que cae sobre vuestra estatua, —decía Miguel Angel al jóven escutor,—la luz de la plaza pública probará el valor que tenga».

Algo así. El juicio inmediato, favorable ó adverso, desdeñó. (La luz que no debía preocupar al joven alumno). Tuvo ansias de gloria, presintió que sus vastas líneas se impondrían al juicio de las multitudes. (La luz de la plaza pública) y así sucedió.

Tan naturalmente como un cuerpo abandonado en el espacio cae, así el hombre que se siente rebosante de fuerza desdeña el peligro.

Emerson dice: «Un grande hombre no tiene á veces

« inconveniente en mostrarse pequeño. Cuando el éxito
« lo cobija en sus brazos duérmese en ellos. Cuando le
« atormentan, le atropellan, le derrotan, entonces tiene la
« suerte de aprender cosas nuevas. Echa mano de su in-
« genio, de su virilidad; gana en conocimiento de nuevos
« hechos; reconoce su ignorancia, cúrase de insanas fatui-
« dades; adquiere moderación, destreza verdadera. El hom-
« bre cuerdo afiliase al partido de los asaltantes. Su in-
« terés más bien que el de los demás es hallar su punto
« débil. Cicatrizada la herida cae su piel como cosa
« muerta, y cuando sus enemigos creen triunfar, él pasa
« invulnerable en medio de ellos».

Así era Sarmiento, un grande que no temía mostrarse pequeño. Su entereza era de aquellas que de todo, hasta de la debilidad, sacan fuerzas nuevas. Mucho antes de que lo absolvieran sus semejantes, se había él mismo absuelto de todos sus errores, « y cuando sus enemigos
« creían triunfar, él pasaba invulnerable en medio de
« ellos. »

A su nieto, que le pedía consejos para hablar en público, Sarmiento contestó:

« ¿Te acuerdas de cómo aprendiste á nadar? Pues
« así se habla, echándose al agua. Estudia y medita; y
« si logras adquirir un convencimiento, exprésalo tal como
« lo sientes. Darás manotadas inútiles al principio, *si te*
« *preocupas demasiado del efecto*; pero la convicción y el
« asunto mismo te sostendrán sobre el agua. Si tienes
« ideas propias, tendrás estilo propio. Las reglas de la elo-
« cuencia se han inventado para explicar la elocuencia y
« nunca han servido para hacer elocuente á nadie. »

Admirable respuesta, donde se vé la solidez de su

Domingo F. Sarmiento

juicio y hasta qué punto menospreciaba las apariencias.

El hombre actual, huye del peligro, abdica constantemente sus más caros derechos, es cobarde. Siente el inmenso poder de las instituciones de la sociedad y vive temblando de ser aplastado. Con tal de no perder su bienestar material se dá por muy satisfecho con ser un cualquiera, uno más en el rebaño.

Pero, apenas un hombre se atreve á ser hombre, apenas uno, en su casa, en la reunión, en la calle ó en el parlamento, afirma sus convicciones, se atreve á poner las cosas en su lugar, se atreve, en una palabra, á ser sincero, inmediatamente un soplo vivificador barre las pestilencias del pantano. Todos sienten acrecentarse las propias energías, todos respiran un poco del aire puro con avidez, todos sienten que acaba de pasar un hálito de vida, la verdadera vida de los bosques, y los campos, y los cielos despejados...

¡Ah! sí, la sinceridad es lo primero. Sarmiento es una lección de carácter, y si su obra no pasa, como no pasará, credme que es pues, especialmente por eso, porque fué sincero.

Difícil es hallar quienes posean tan preciosa virtud. ¡Cuán pocos son los hombres que merezcan el nombre de tales! . . . ¡Cuanta duplicidad! . . . ¡Cuanta transgresion! ¡cuanta mala fé! ¡cuanta estrechez nos circunda! . . . Las gentes incultas por lo menos son inconscientes de su falsedad. Llevando poco dentro de sí, no sienten al manifestarlo graves conflictos entre las pocas y pequeñas partes. Y ese poder de veracidad, (si veracidad puebe llamarse) es, lo más santo que posee la ignorancia.

Pero, los más adelantados, que son á la vez quie-

El sentimiento de la divinidad, exagerado, la confianza en sí mismo, su veracidad, su amor á la conquista, su crudeza, su nervio sobrio y realista, todas estas cualidades son las propiedades del genio español.

Lo han querido tachar de loco, déspota, egoísta... ¡basta! Como bien dice Emerson «Los que viven para el porvenir parecen egoístas á los que viven para el presente».

Y en cuanto á lo demás, sabido es que los defectos no son otra cosa que cualidades importunas. En Sarmiento no tenían el aspecto que pueden hacerlos considerar como tales. Todo eso y mucho más, se fundía en el conjunto sólido y armónico, donde lo que aisladamente hubiera podido reputarse como malo, tenía su papel, realizaba su cometido, ayudaba á las otras partes en la consecución de los mismos fines y por lo tanto estaban perfectamente en su sitio.

La verdadera justa apreciación de las personas no la hacemos por la enumeración y conocimiento de tales ó cuales errores ó cuales actos de mérito sino que la hacemos por lo que se siente y aún por lo que se adivina del espíritu en las formas que tomó para manifestarse á nosotros.

Guardaos mucho de caer en juicios mezquinos. Cuando un hombre se impone á la atención de sus contemporáneos y de las generaciones sucesivas, contemplad el espíritu entero, seguid las grandes líneas, que los detalles no adquieren mayor importancia que el conjunto,

Con esto no os quiero significar que deban cerrarse los ojos ante las debilidades de los grandes, muy por el contrario los ojos no se deben cerrar ante ninguna cosa del mundo, debemos estar perennemente atentos, bien

Domingo F. Sarmiento

despiertos, buscando de comprender lo bueno de lo malo, lo grande como lo pequeño, y siempre y siempre, que eso es vivir. Pero hay que tratar de ver bien con el menor error posible. Y como la exactitud de la apreciación es algo que depende enteramente de las exactitudes personales sumadas á la experiencia no puedo hacer otra cosa que encareceros la mayor ecuanimidad y amplitud de miras, y ya que, algunas más, y el continuo ejercicio del criterio me han demostrado algunas cosas con evidencia, anticiparos esta verdad:

¡No hay debilidades, errores, ni culpa, allí donde florecen la armonía, la unidad y la belleza!

DELFINA M. Y V. DE BASTIANINI



Domingo F. Sarmiento

SARMIENTO, EDUCADOR

A medida que los años transcurren y el tiempo dá lugar al desarrollo de la genial obra planteada é iniciada hace algunas décadas por Domingo Faustino Sarmiento, con el impulso soberbio y la concepción audaz y grandiosa, que era el gesto peculiar de ese carácter que la historia señala como el más inconfundible de sus razgos; así que han corrido los días y se han sucedido en el escenario nacional las personalidades sindicadas por sus talentos y preparación para ser las guadoras de la sociedad argentina; en medio del maravilloso despliegue de fuerzas vitales que constituyen nuestra satisfacción y orgullo y al través de los mil acontecimientos que han agitados el ambiente social y político del país; en el centro de todo ese cuadro de grandezas capaz de hacer palidecer la más firme personalidad, se ha agigantado paulatinamente por derecho propio y con relieves únicos la poderosa figura del ilustre hombre público cuyo centenario hemos festejado días atrás, con ese fervoroso entusiasmo concedido solamente para aquellos ciudadanos consagrados por sus dotes al homenaje impercedero de las generaciones.

La obra de Sarmiento, vasta cual muy pocas en la Argentina, no es de las que pueden reseñarse en el breve espacio de algunas pocas páginas, mejor inspiradas que bien meditadas y extensas. Ni tampoco puede englobarse toda ella en un solo comentario, ya que su genio tuvo tantas facetas como especialidades puede cultivar el espíritu humano, en el campo de la observación científica y

Domingo F. Sarmiento

la labor intelectual, dentro de las cuales «el loco Sarmiento» como le llamaban en vida y según á veces él mismo se clasificaba, desarrolló todas las actividades de su raro espíritu de luchador en contra de los resabios de la barbarie, representada con sombríos tonos por las hordas de Facundo y El Chacho, y que cual maleza pernicioso cubría la rústica y virgen, pero bien dispuesta mentalidad del pueblo argentino.

Sarmiento, que desde sus más cortos años se vió en la precisión de librar verdaderas batallas para hacer llegar hasta sus manos un libro de estudio, y que más tarde, en condiciones ya de atesorar conocimientos más sólidos, vió obstaculizados sus propósitos por las necesidades materiales de la existencia y las persecuciones que desde bien temprano fué víctima justamente por su ilustración, considerada alarmante por los mandones de aquella época; Sarmiento que, como ningún otro estuvo en contacto directo y continuo con la ignorancia lamentable de los nativos y la despreocupación culpable de los gobiernos; que por sus conocimientos podía palpar los beneficios de la educación intelectual y por las particularidades de su vida reconocer al mismo tiempo el lamentable abismo de atraso, indiferencia y casi barbarie en que se desenvolvía el pueblo argentino en las primeras épocas de su entidad política; no podía permanecer indiferente ante ese doloroso cuadro y era propio que con todas las fuerzas de su briosa voluntad y fecundo talento, tratara de cambiar tal estado de cosas.

Púsose á la obra desde sus tempranos años, continuando la tarea esbozada por Moreno y afirmada por Rivadavia, sólo que mientras aquellos lucharon en campo

Domingo F. Sarmiento

propicio y desde las alturas del gobierno, Sarmiento hubo de bregar, en los principios, desde el llano y sin otros recursos que su voluntad inquebrantable.

Su mentalidad era vasta y profunda, tanto que llegó á ser periodista, escritor, polemista, historiador, político, estadista, orador y legislador; pero no hay duda que por sobre todas esas manifestaciones de su múltiple génio y antes que nada fué educador, satisfaciendo con ello el supremo anhelo que incubara en su espíritu, desde el mismo instante en que llegó á comprender la imperiosa necesidad que había de arrancar al pueblo del interior de la república y á gran parte de la población de las mismas ciudades, de la altamente perjudicial falta de instrucción, motivada por la ausencia casi absoluta de escuelas.

Sarmiento, como político fué grande y admirable, y llegó á alturas aún no arribadas quizá por ningún otro argentino bajo su faz de escritor é historiador. En el ejercicio del poder supremo del país tuvo notables rasgos de hondo sentimiento republicano y supo elevar al periodismo al grado envidiable de los apóstolados. Pero como educador, está reconocido que Sarmiento se superó á sí mismo, por cuanto no solo pensó en luchar dentro de las necesidades del momento, sino que trazó el plan al cual aún hoy se trata de darle cima, cuando ya el país se halla en un nivel sobresaliente en materia educativa.

En su vida tuvo el grande hombre sus detractores y enemigos, los cuales nunca faltan á quienes no cubren sus actos con el manto de una falsa modestia. Sarmiento tuvo contrarios y bien acérrimos por cierto, porque fué arrogante y en justicia podía serlo, por cuanto tenía la íntima y profunda convicción de que con sus colegios, bi-

Domingo F. Sarmiento

bliotecas y programas escolares, estaba labrando bajo la más indestructible de las bases la grandeza ya alcanzada y cada vez más ostensible de la República Argentina, que merced á sus desvelos educacionales ha logrado colocarse en pocos años en las avanzadas de la civilización.

ANGEL SAGGESE

Rosario, Mayo de 1911.



Domingo F. Sarmiento

Un diálogo en el mar

À Manuel J. Almada,
fraternalmente.

Sereno estaba el golfo como en las leyendas de Citeres. La barranca amainó su empuje y un viento mimoso peinaba las ondas á manera de caricia femenina resbalando sobre una brava melena.

El alba con su heraldía invitaba á luchar y desde los huertos ribereños llegaba un zahumerio de vendimia

—Ea, Pedro, gritó Fernando, al mar; el tiempo es bueno y siempre después de la tormenta el mercado promete. Los dos hermanos se lanzaron en busca de sus lanchas.

Aquellos pescadores eran dos bloques de coraje y entusiasmo.

Pedro, el más dócil, bueno en el concepto simple de la bondad, constituía el elemento centrífugo; su hermano por el contrario, dirigía, era el índice en la familia y en la industria.

Fernando, llamado á ser hombre de libros y no de lanchas era un derrotado. Veinte años hacía que la ciudad lo arrojó afuera, como bota el mar todo lo que es estropajo.

Estudiante cuando jóven, el amor golpeó su ventana y el deseo puso llamaradas de Vesubio en su sangre.

Amó á Napolitana con vehemencias de primer amor.

Domingo F. Sarmiento

Aquella mujer fué para Fernando un vértigo. Tenia ojos negros y rostro pálido como las heroínas de Esquilo.

¿Pero cómo casarse, sin dinero y sin ideas matrimoniales? su espíritu alimentaba rebeldías contra lo establecido. A través de las páginas de Malato se alimentó de mirajes imposibles y creyó que la herencia de los siglos se trueca en un instante. En fin, el hecho es que se amaron con Elmira; se amaron libremente como los pájaros y los dioses y no pudiendo seguir en la ciudad, se guarecieron en la heredad de sus padres al lado de Pedro. Los dos hermanos, al verse, abrazáronse llorando. Elmira lloraba también.

Transcurrian los meses. La amada á pesar de su idolatría por Fernando, sintió en su estirpe bramar el prejuicio y ante la ¡«vergüenza»! de ser madre, se arrojó al mar. Murió estoicamente como una romana de los buenos tiempos. Al irse hundiendo en el abismo miró á lo lejos, allá . . . al cortijo de la ribera que recortaba su trivial fachada sobre un fondo verde. Allí quedaba Fernando.

.

Veinte años después, aquella mañana auspiciosa, los dos pescadores remaban entusiastas.

—Buen tiempo, Fernando. La borrasca ha removido el mar ¿y si pescáramos un cetáceo?

—Calla hombre; tu siempre soñando; los pobre no atrapan ballenas, sinó merluzas.

—No seas pesimista: créeme, tengo un raro presentimiento que haremos buenas presas.

Terminada la faena y de regreso yá con las lanchas repletas, les llamó la atención una caja de madera, de tamaño regular, flotando sobre las ondas.

Domingo F. Sarmiento

La recogieron. ¿Y si fuera un tesoro? ¡que felices! dijo Pedro. Abrámosla aquí nomás y así podremos guardar el secreto ¿no te parece Fernando?

Empezaron á desclavarla. Adentro un misterio envuelto en seda; más allá un tafetán inglés; siguiendo, un grueso papel acartonado; penetrando más, un paño de raso y luego dos gemelos nacidos prematuramente.

—¡Dios mio! rugió Pedro. Daremos cuenta á la policía para que se castigue semejante crimen.

—Calma Pedro ¿acaso no es este el cetáceo que querías pescar?

—Ah! . . . si . . . ya recuerdo . . . espera. Anoche, durante la borrasca, cuando vine á asegurar las lanchas, noté á la distancia, un hombre que corría hacia el mar. Los relámpagos lo delataban. Llegó, miró á todas partes y botó algo á las ondas. ¡Fué esta caja! ¿Quién será ese hombre?

—Y ¿qué nos importa saber su nombre, su historia y demás atributos? Basta saber que es un hombre. Entonces ¿crees oportuno denunciar á un hermano, por algo que no le corresponde á el sinó al medio ambiente?

—Pero . . . ¡estás loco, Fernando! tú siempre con tus ideas . . .

—No te extrañe Pedro, óyeme un momento y me hallarás razón. Creo una vez más que la sociedad es la mayor culpable.

—Y empezamos con la sociedad. Yo, aunque ignorante, creo que te equivocas.

—Sin embargo, así es, Pedro. La sociedad, con sus prohibiciones infundadas, está deteniendo el triunfo de la especie.

Domingo F. Sarmiento

—No te digo, Fernando que estás loco! Y todo porque no dejas de ir á ese club, ni de leer esos diarios que llegan en sobre cerrado. Por mi parte, yo soy hecho á la antigua como nuestros padres.

—Por eso eres atrasado. Confundes el amor á nuestros viejos con la verdad humana. De ahí que para tí, el mundo se acabe en la cabaña.

—Entonces ¿qué hacerle á la vida?

—Entonces, Pedro, hay que ir en contra de lo que no tiene razón de ser.

—¿Con dinamitas?

—No, hombre; no seas tan niño. ¿Crees que la sociedad se regenera con bombas? He ahí el gran error. Los hombres se regenerarán con una sana educación y á fuerza de ideas.

—Y ¿que podemos hacer, nosotros, dos pobres pescadores, alejados de la ciudad, que nos compra los pescados porque los necesita y luego nos olvida?

—Claro que podemos hacer muchas cosas. Ningún esfuerzo se pierde, ningún entusiasmo fracasa. Seámos fuertes y valientes como en alta mar, frente á la borrasca. Por otra parte, tú sabes mis aventuras y fracasos y sabes también mi valor.

—Como que perteneces á una raza de valientes . . .

—Dejé el colegio, porque unido á Elmira no era posible seguir. Mi tutora puso mis valijas en la puerta; del Juzgado me despidieron y los hermanos de Elmira tenían un revólver apuntado á mi cráneo. Huímos á tu lado y aún aquí, libres de tanta miseria, la ciudad me la quitó para arrojarla al mar.

Pedro sintió una crispación extraña. Ante el recuer-

Domingo F. Sarmiento

do de Elmira á quien amó como á hermana, una *vendeta* corrió por sus arterias.

—Tengo una idea, dijo.

—¿Cual?

—Ya verás, Fernando. Envenenaremos los pescados. ¿Quiéres?

—Calla Pedro, no imagines semejante crimen! Los atavismos sociales no se curan con veneno sinó con ideas nuevas. Mira: dá á tus hijitos una moral superior y te vengarás de la ciudad más heroica y decentemente que envenenando los pescados.

—Desde luego ¿qué haremos con esta maldita caja?

—Arrojarla otra vez á las olas. El mar es un gran olvido, á donde las ciudades arrojan sus culpas. Por eso todos los «pueblos grandes» tienen un mar á sus piés: un viejo mar con tolerancias de abuelo. Oh! si alguna vez hablara, cuantas verdades diria!

.
Fernando calló. Se puso pálido. Le pareció ver á Elmira surgiendo de las aguas y amenazándole con el puño cerrado. A lo lejos, la ciudad, con el fastigio de sus palacios le retaba una vez más. Arrojaron la caja y siguieron rumbo al cortijo. El sol muy alto, volcaba su milagro heroico invitando á vivir. Los pescadores al son de una barcarola remaban; y aquel canto optimista, llenándolo todo y acariciándolo todo, era el himno de la vida con su eterna albricia de amor.

CÉSAR CARRIZO

GIRONES

Especial para "Domingo F. Sarmiento"

Un filósofo contemporáneo, filósofo y soñador, exhuma una leyenda que refiere que el Monje Teótimo, que tras el placer gustó el dolor, buscó un refugio de anacoreta lejos de la pequeñez humana y lo eligió «donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste.»

Y ahí enclaustró Teótimo su alma para que el amor de Dios la limpiase.

Vivió sin otros pensamientos que los que nacieron con el pensamiento de la grandeza divina, que amó, y en las noches de su vida hubo reparo y parecieron huir todas las hurañas tendencias de la indignidad del débil hombre.

Condición puesta en el voto de Teótimo era visitar la tumba de sus padres, después de pasar determinado tiempo, y, cumplido un día el plazo, emprendió la marcha por los valles sin senderos . . .

Lejos ya de su refugio, sentóse á descansar junto á las primeras matas que encontró en su solitaria marcha de peregrino, y al mirar á sus piés, vió, sobre el césped, una blanca florecilla trémula.

Teótimo tembló, más no por conmoción dulce y afectuosa sinó por rebelión, por hesitante rebelión.

¿Todo el amor de Dios no era entonces para el al-

ma del hombre, ya que cuidaba también con sus complacencias, esa tierna florecilla?

Y el espíritu del anacoreta fué dominado por luciferino egoísmo.

La endemividad humana deshizo la santidad del ermitaño y finó con los pensamientos adquiridos en la conciencia superior que sabe desplegar en la soledad.

Teótimo, torvo, airado, egoísta, sacrilego, puso el pie sobre la trémula florecilla indefensa . . .

.
Es que despertaron en su alma las culebras de la Gorgona Medusa que duerme con diferente sueño en el fondo de todas las almas!

Cuando el ermitaño que nutriera constantemente su espíritu en la visión eternal, siente que en el fondo de su alma las culebras de su Medusa despiertan sorprendidas y furiosas contra el enemigo que no ven ¿qué puede la bondad pasante contra el mónstruo de la maldad que ruge, que ruge y que ruge sin cesar, qué puede la bondad superficial, esa bondad que muchas veces se lleva solo por adorno y que cae sobre la maldad sin penetrar, como una de esas plumas que cubren el cuello de las aves puede caer sobre el agua sin alterar su superficie? . . .

.
Más, hay una fuerza que el hombre venera inconscientemente y que es la que hace llevadero el cansancio: la esperanza.

La esperanza, cual si deidades astrales entrecomaran con luz la marcha de la humanidad, nirvaniza muchas horas de la torpe heterogeneidad vital . . .

GUILLERMO SÚLLIVAN

Sarmiento y el Rosario

Una página de la vida de Sarmiento, está especialmente ligada al Rosario. Es aquella en que se refiere el paso del ejército libertador del general Urquiza en el que iba Sarmiento en calidad de boletínero y con el grado de teniente coronel.

Acababa Urquiza de atravesar el caudaloso Paraná, al mando de las huestes que habían de derrocar una tiranía entronizada en el poder durante diez y siete años; detúvose en la villa del Rosario y en ella vió la luz el boletín número nueve que la pequeña imprenta dirigida por Sarmiento, editaba como una proclama al pueblo y á las tropas.

Y es durante esta detención, que Sarmiento tiene una genial visión del porvenir. Contempla el gran hombre esta pequeña villa, admira el anchuroso río, su curva que como dos ciclópeos brazos se abre frente al Rosario, su situación privilegiada á un paso de Buenos Aires y escribe en su carta al vecindario en los primeros días del año 1852, estas proféticas palabras: «El Rosario está « destinado por en situación topográfica á ser uno de los « poderosos centros comerciales de la República.» Palabras inspiradas que solo un hombre genial como Sarmiento, podía adelantar en una época en que el Rosario era una pequeñísima villa de escasa población y de ninguna importancia. Era en efecto en esa época, una población de algo más de 3.000 habitantes y no podía aún vislumbrarse lo que sesenta años más tarde llegaría á ser: pero Sar-

Domingo F. Sarmiento

miento, con esa clarovidencia propia de las grandes almas, descubre en esa villa un porvenir hemoso que anuncia con su feliz augurio y añade, que «sería una de sus « más puras glorias que codiciaría, acelerar el día de su « engrandecimiento y prosperidad.»

Es con estas sencillas palabras que consigna la historia la primera aparición del Rosario en la vida argentina, unido al nombre de Sarmiento. Y no han sido vanas las palabras pronunciadas por el ilustre viejo: ha realizado el Rosario en un tiempo relativamente escaso, una evolución tan enorme, que causa la admiración de los extraños y el orgullo de sus hijos. Es hoy la ciudad plétorica de vida y de riqueza, la ciudad comercial por excelencia, la ciudad culta y potente, cuyos sonoros latidos de progreso, repercuten no solo en la provincia sino en la república entera confirmando con los hechos ese augurio primero de su porvenir.

Grandioso es para los hijos del Rosario, que la primera cita histórica de nuestra actual ciudad, se halle unida al nombre del gran luchador intelectual. Es grandioso para nosotros, que esas palabras tan alentadoras, esa predicción tan admirablemente cumplida, haya salido por vez primera de los labios de un hombre como Sarmiento!

Pero la vida del gran hombre se extingue antes que los acontecimientos confirmen su predicción: cuando, en 1888, cae Sarmiento pagando á la muerte su tributo común á todos los hombres, cuenta el Rosario 50.914 habitantes y su denominación de villa ha sido cambiada el 5 de Agosto de 1852, por la de ciudad, gracias á las gestiones del General Urquiza que había comprendido la predicción de Sarmiento.

Domingo F. Sarmiento

No pudo este tener una vaga idea de lo que llegaría á ser el Rosario, al constatar ese aumento en solo treinta y seis años, pasando de 3.000 pobladores á tener más de 50.000. Pero ese porvenir grandioso que le estaba reser- do, ese segundo puesto que había de ocupar entre las ciu- dades argentinas, no era todavía imaginable.

Hoy es el Rosario el poderoso centro comercial que anunciara Sarmiento; su acción enorme y progresista irra- dia por sus caminos de hierro á toda la República y de toda ella convergen los más variados productos del suelo argentino, que han de ser enviados á suelo extranjero. Es el corazón potente digno de nuestra gran cabeza. Buenos Aires, engrandecido por su propia acción, por la acción de sus hijos y gracias á su situación topográfica especial.

Hemos de agradecer todos los hijos del Rosario aquel primer alentador augurio y recordar con veneración al ilustre viejo que predijo nuestro porvenir y cuyo nombre unido al de nuestra ciudad, pasó con caracteres indelebles á ocupar, por vez primera, un hogar en las páginas de nuestra historia.

EDUARDO CARBÓ

Rosario, Mayo de 1911.



Divagaciones filosóficas

ALMAS SOLITARIAS

Hay almas que se ofenden por las vulgaridades de vida; ellas buscan las cumbres; precisan perpétuamente la luz; intolerantes de todo lo que es mezquino, vulgar, prosaico; viven en continua hostilidad con las cosas y las personas que las rodean, en continua protesta contra ideas y sentimientos extraños á su conciencia. No son muchas, felizmente para ellas; son almas solitarias, vale decir, «almas grandes». Raras veces se encuentran, y cuando esto se verifica se vé que hasta entre ellas son irreconciliables, refractarias; pues cada una tiene su propia nobleza, su grandeza, el polo al cual dirigirse. Sobre todo, su vida es un esfuerzo continuo, poderoso, heroico para apartarse de la tierra y elevarse en el espacio; el involucre de carne que las viste es para ellas un peso insoportable; á veces se olvidan de él; tienen sed de verdad, de justicia, de grandeza, de idealidad. Dotadas de doble vista, ven formas desaparecidas para otros ojos; de allí su mayor desdén por las cosas reales ante las ideales. Del choque entre ideales y realidades nace en su espíritu el instinto que los confina en la soledad, de allí la amarga sonrisa que ilumina el desidio que se refleja en su conciencia.

Es difícil figurarse ese fenómeno, si no se posee un temperamento que se aproxime á éste. Todos entienden fácilmente que se desea satisfacer las necesidades fisiológicas; al organismo hace falta una renovación continua

de sustancias para vivir. Abastecerse de esas sustancias es asunto de capital importancia: noventa y nueve personas sobre cien no verán otra necesidad mayor. Encontrada la solución de este problema, el resto á nadie preocupa. Se comprende también la aspiración á la salud; el estado de debilidad y de impotencia es penoso, y nosotros buscamos como salir de él, queremos ejercer nuestras actividades musculares, y cuanto más enérgicamente podremos hacerlo, tanto mayor deleite sacaremos de él. El ejercicio de los órganos de sentido es también una necesidad. Cerrad los ojos y pensad que no podéis más reabrirlos; que las tinieblas en que estáis sumidos durará para siempre; y sentiréis un terrible desgarró . . . Figuraos que todo sea silencio en torno vuestro, que cese todo sonido, todo ruido, que vuestro oído de repente sea precipitado en el silencio absoluto, y entonces os embargará un sufrimiento sin nombre.

Infinito es el número de los que necesitan sensaciones. ¿Quién puede determinarlo? En una cierta medida moderada, todos las precisan; para la mayoría la sensación es la facultad psíquica más activa; es el polo de la existencia.

En muy pocos, sin embargo, alcanza aquel grado de excelencia que constituye, bajo este aspecto, una verdadera superioridad. Las delicadezas del gusto, que Brillat-Javarin nos describe, pertenece solo á pocos temperamentos privilegiados. El paladar requiere él también su educación especial. Antes que el olfato pueda llegar á ser lo que para Jean J. Rousseau, es decir «el sentido de la imaginación», es menester un refinamiento particular de este sentido, y un esfuerzo cerebral correspondiente. Y

Domingo F. Sarmiento

cuando nos elevamos en el campo de los sentidos estéticos, el pasaje es absolutamente maravilloso. Todos necesitan ver y observar, oír y escuchar; pero ¿cuántos son los que sienten la necesidad de gustar una armonía musical, de admirar un lienzo ó una estatua, de leer un trozo de prosa clásicamente robusta, ó una poesía inspirada y poderosa? Cuanto más nos elevamos, tanto más el número de los privilegiados disminuye.

*
* *

Seguramente es más fácil que muchas personas se hallen de acuerdo con vosotros en proferir una ú otra sensación del gusto, de lo que encuentran una ó dos que se conmueven por el mismo trozo de música, y sean como vosotros sedientas de belleza. Hallar convidados á un banquete en que no escasearán esquisitos manjares, no presta dificultad alguna; no sucederá lo mismo si buscáis quien vaya á admirar las pinturas de un museo, á escuchar una lección de estética ó una conferencia, ó quien se deleite con la lectura de una novela. El que, con tales necesidades intelectuales, se encuentra en un ambiente obtuso, entre gente de una materialidad oprimente, se verá obligado á concentrarse en sí mismo, y sentiráse solo, apartado del consorcio de los demás, condenado al aislamiento de sus gustos elevados, desdeñoso de los que no lo entienden, contrariado por no poder elevar á los demás hasta su nivel intelectual. ¿Como hablar de Raffaello ó

Domingo F. Sarmiento

de Rembrandt, de Dante, de Shakespeare, de Fidia ó de Michelangiolo á los que tienen cerrado el oído al divino lenguaje de la belleza?

*
* *

Y sin embargo, encontrar á quien participe de tales aspiraciones es todavía relativamente fácil. Con dirigirse á un teatro, ó entrando á una Academia de Bellas Artes podrá satisfacerse ese deseo. Es necesario buscar un ambiente particular, al fin, ese ambiente existe. Hay músicos y público de oído bien conformado. Cuando se dá en un teatro una ópera musical, se encuentra por las calles pilletes que van silbando sus árias, y se oye cantar, más ó menos perfectamente, las romanzas del tenor ó de la tiple.

El sentido estético, pues, se ha suficientemente generalizado por cuanto, considerado en relación con la generalidad de las personas, aparezca limitado á un pequeño número solamente. Tan es así que él determina el arte de un lado, y el oficio del otro. El campesino que busca con avidez la litografía á colores de pocos centavos, también demuestra poseer, en proporción mínima, el sentido de la belleza. Un espíritu, absolutamente, totalmente, obtuso, estéticamente, no existe quizás.

*
* *

Si, al contrario, os transportáis al campo del sentimiento estético al otro de la pura idealidad, las cosas se

Domingo F. Sarmiento

presentan de un modo bien distinto. La depuración intelectual y moral os aísla siempre más. Dejando atrás «la volgare schiera», os remontais, hacia alturas que dan el vértigo. La idea determina aspiraciones que pocos son capaces de abrigar; que no encuentran el consentimiento de muchos. Vosotros, por ejemplo, tenéis el ideal de la justicia, la religión de la verdad; estais dispuesto á sacrificar, para cualquiera de las dos, vuestra paz, vuestros bienes, vuestra vida. ¿Esperais talvez encontrar á muchos que os proclamen admirable? Hasta para haceros objeto de su admiración será menester que no corran peligro alguno; y, por otra parte, el hecho de que ellos os admiren no será motivo suficiente para animaros á imitarles. La bola de plomo del egoismo, atada á sus piés, los obliga á arrastrarse lentamente, penosamente. No es improbable que os proclamen loco, peligroso, si es preciso, y de quien hay que guardarse con toda precaución.

* * *

Las verdaderas almas solitarias son las que marchan á la vanguardia de la humanidad y de la civilización; ó que en los momentos de decadencia, han quedado atrás, asidas, en el desastroso naufragio, á la tabla de salvación del ideal!

Representan á los portaestandartes del movimiento evolutivo; los preconizadores del porvenir, que divinan en su conciencia; ó son, en cambio, las fuerzas conservadoras, sanas, en que la tradición se emperna y se rebela.

Domingo F. Sarmiento

En el primer caso hablan en lenguaje que nadie entiende todavía; en el segundo, hablan otro que nadie ya entiende desdeñosas, encerradas en el silencio, ellas vuelven á pensar ó sueñan: de cualquier modo, el espectáculo de la vida, con sus tristezas, con sus cobardías, con sus desilusiones, las hiere. Se retiran desdeñosas, amargadas, y bien pronto la muchedumbre las olvida, cuando no les echa imprecaciones. ¿Qué importa? Suben impertérritas la difícil pendiente, la mirada á las cumbres, doradas por la luz radiante del ideal. Su rapidez les deja satisfechas; es una prueba de fuerza y de virtud; motivo de legítimo orgullo.

*
* *

Podéis figuraros estos espíritus selectos pensando en aquellos batallones de valientes que dejan su patria para marchar hacia otras tierras, para arrancar á la naturaleza tesoros y beneficios desconocidos. Al principio son muchos, y todos están dispuestos á soportar fatigas, molestias, arrostrar peligros; pero á medida que avanzan, en unos prevalece el egoísmo, que insinúa en ellos el miedo, la incredulidad, la desconfianza, y los induce á abandonar á sus compañeros; otros se dejan vencer por el cansancio; otros, en fin, caen víctimas de su valor, acaban por ser los mártires de la empresa á que se habían consagrado. No más que uno ó dos, fibras de acero, indomables, los más puros, los más fuertes, logran cumplir el viaje hasta su término, á poner el pie en la tierra prometida, hacer

Domingo F. Sarmiento

flotar sobre la cumbre apetecida la bandera vencedora.
Pero arriba se encuentran solos! No *en vano*, sin embargo!

Desde la altísima cima, la bandera flotante llama á las nuevas falanges hacia las alturas: el ideal de las almas solitarias se vuelve, poco á poco, la fé de todos.

EL CONDE ATILIO

(DR. FRANCISCO NETRI)



La Chicago Argentina

SU PRIMER FERROCARRIL

La historia parcial más digna de escribirse en nuestra patria es la del cambio por el cual una ciudad, que hace doce lustros era una población oscura, pobre y aislada, ha venido á ser uno de los más vastos mercados, frecuentados por los productos de todas las naciones de la tierra.

Estudiar al Rosario en los sesenta años de vida como ciudad que lleva, estudiarlo en su comercio, en su riqueza, en su importancia y en sus mejoramientos materiales, es más útil y necesario que el estudio de nuestras luchas civiles, que apenas han producido otra cosa que glorias efímeras y vanas. No es otro tampoco el sentido en que la historia tiende á ser concebida, hoy día.

Si recordamos que todas las observaciones, para historiar los tiempos de una ciudad ó pueblo, se han hecho sobre las acciones de sus personajes, que nadie hasta estos últimos tiempos ha tenido miradas y pensamientos para los fenómenos vitales de la cooperación espontánea, á los cuales deben las ciudades como las naciones, su vida y crecimiento,—no podemos dejar de notar cuán sentida es la necesidad de ocuparse de esas cuestiones vitales cuyo esclarecimiento la sociología argentina ya debió investigar.

¿Qué han sido sinó cuestiones sociales para el Rosario, sus vías de comunicación, su educación pública, trabajo, riqueza, comercio, crédito, caminos y finalmente su puerto?

Todos convienen hoy en que la civilización está re-

presentada en estos tiempos por el desarrollo de los intereses materiales, es decir, por el comercio y por la industria que son fuentes de producción, de riqueza, de movimiento y vida. Y en este sentido ¿quién puede negar que el efecto inmediato del mejoramiento material sea la elevación del nivel moral é intelectual?

Apesar de esta verdad, es un hecho notorio en Sud América, que cada vez que se trata de escribir la historia de un país ó los anales de una ciudad, lo primero que se olvida es la historia de su comercio, de su condición y crecimiento económico, para concretarse solo á los movimientos políticos ó á sus héroes visibles.

Por esto, para la provincia de Santa Fe, la más fecunda historia, la más digna de recuerdo como escuela de gobierno, es la de esta Chicago Argentina, en la que al sustituirse hace sesenta años, el estado económico que la tenía sumida en el atraso y la pobreza por un nuevo régimen de vida, por el tráfico libre con el mundo civilizado, se operó una transformación social que debe asombrar á los observadores de la producción, del comercio y de la cultura de todo esta provincia.

En el lapso relativamente corto de doce lustros, el Rosario ha visto aumentar su población contrariando la doctrina malthusiana, ensancharse su comercio, agruparse en él los capitales extranjeros y difundirse intensamente el bienestar y las luces de la más alta civilización.

Sin embargo nadie ha estudiado aún el hecho más trascendental en la historia del progreso del Rosario y no obstante es tan conocido y son tan visibles las consecuencias que trajera á esta ciudad. Hablamos de su primer ferrocarril.

Domingo F. Sarmiento

Allá por el año de 1853, el conocido banquero Buschenthal, de Montevideo, había hecho algunos préstamos de dinero al gobierno argentino de Paraná durante la separación de la provincia de Buenos Aires de la Confederación. Para fomentar la riqueza, el comercio y el progreso en general del país que era su deudor, como hombre inteligente que era en cuestiones económicas, concibió la idea de hacer del Rosario el nuevo puerto favorito, no sólo de las provincias sino también de Chile y de los países del Pacífico en el Atlántico. Llegado á este país en 1854, contrató al ingeniero Allan Campbell, en los momentos en que el gran Wheelwright meditaba enviarlo por su cuenta.

Pero siendo á la razón don Mariano Fraguero, ministro de Hacienda del Gobierno de la Confederación, indujo á su jefe, el general Urquiza, á ofrecer la obra á Wheelwright—á quien había conocido en Copiapó y á quien habiale visto llevar con todo éxito en 1850 el ferrocarril de Caldera á Copiapó.

En vista de los trabajos oficiosamente efectuados por Wheelwright y Buschenthal, el gobierno argentino en 1855 concedió á ambos la concesión de esa magna obra que debía concluirse «en el término de cinco años».

Eventualidades desgraciadas, como la guerra civil y las discordias intestinas, paralizaron la obra, desacreditando esta república en los mercados europeos. Sobrevenido despues de Pavón el gobierno del general Mitre, celebró éste un nuevo contrato con el mismo Wheelwright para la construcción del mismo ferrocarril y sobre las mismas bases y condiciones anteriores.

El Congreso dió su aprobación y sancionó ese contra-

to que fué reducido á escritura pública el 26 de Mayo de 1863.

Pero ya el 20 de abril de ese mismo año se habían inaugurado en el Rosario los trabajos anticipados por Wheelwright. Ese acto reviste los caracteres de un verdadero hecho histórico.

El presidente de la república, general Bartolomé Mitre se trasladó á esta ciudad con el objeto de inaugurar personalmente los trabajos del *Gran Central Argentino* como fué denominada la empresa de dicho ferrocarril. La solemne fiesta habida con tal motivo está reseñada en los diarios de la época; y según el doctor Alberdi «toda la foja de servicios del general Mitre no vale la gloria de esa jornada para su carrera de hombre público.» Esa obra hace honor á su política de aquel entonces. Una via férrea cruzando el interior de la República valia más que una constitución modelo!

La importancia de esa obra se vislumbra en las palabras que pronunció el mismo Wheelwright en el solemnisimo acto de la inauguración: «Hemos establecido una nueva era en la historia de este país: el objeto de esta obra es dar una nueva vida á las Provincias: su último destino será el mar Pacífico»... «Momento glorioso para todo tiempo, gran época de la regeneración de las Provincias, vehiculo para satisfacer las necesidades de los pueblos más distantes de este vasto territorio y llevar á los mercados del mundo sus ricos productos agricolas; desarrollar sus pingües minas de oro, plata y cobre, y más que todo, promover el fomento de pueblos aislados, sembrando el país de colegios y escuelas; educando las masas para gozar de una verdadera libertad cuyo fruto, señores será la paz y el

Domingo F. Sarmiento

orden . . . «Este día, señoras, es la inauguración de una nueva época para las Provincias, á cuyos territorios va á penetrar el ferrocarril, llevando todo los elementos para establecer un estado social mejor y feliz entre gentes que hasta ahora han permanecido aisladas» . . .

Creemos que el ojo del sociólogo encontraría en esa obra, en ese primer ferrocarril, el punto de partida, el secreto del asombroso progreso del Rosario, en este medio siglo.

Seguramente cuando el Rosario festeje su primer centenario de ciudad, será ya el emporio colosal de la república, y habrá superado la hermosa perspectiva, de los altos destinos, que entrevieron en una rara conjunción de espíritus los Alberdi y los Mitre!

VICTOR R. PESENTI



Domingo F. Sarmiento

LOS NARANJOS

No sé donde se encontraron por primera vez, pero comprendo que ha sido bajo un cielo ardiente, á los rayos de un sol de fuego, en una tierra en que cada uno de sus granos es un cuerno de abundancia, de donde pueden salir los mejores trigos y las más bellas uvas, las amapolas más rojizas y los melocotones más aterciopelados y cargados de perfumes; tal vez fué allá en la cálida Argelia donde brindaron sus frutos deliciosos á un pueblo salvaje, donde los pétalos de sus blancas flores llevaron hasta las olas del Mediterráneo los tesoros de su esencia; pero no fué allí seguramente donde las mujeres de rostro oscuro y mirada acariciadora, tejieron la cadena de azahares para simbolizar una unión; tampoco en las soberbia Martinica nació el culto de las flores de naranjo. ¿Fué quizás en la Italia divina, ebria de luz, donde una Beatriz ó una Laura orlaron sus cabellos de azahares; fué en la vivaz Provenza ó en los mágicos llanos de Turena? ¡Quién sabe!

Talvez alguna niña bohemia, de esas de traje desaliñado y cabellos muy negros, prendió entre los rizos de su frente una guirnalda de esas flores, y así, semejante á la ninfa de los bosques floridos, la vió un poeta que la cantó en sus versos, ó un pintor que reprodujo su figura; talvez dijeron ambos que el ángel del amor parecia tender sus alas sobre aquella cabeza; que aquellas flores tenían perfumes voluptuosos; que todo en ellas hablaba de dichas ocultas y embriagadoras; ó quizás en su regia morada del Olimpo la diosa del matrimonio, embellecía con ellas su frente sonrosada.

Puede ser que creciera también junto á los jardines de que puede gloriarse la gentil España; en los alrededores Sevilla ó Granada, en sus jardines, que hacen derroche de surtidores y estátuas de mármol blanco, donde se abanicaron magestuosamente las altivas andaluzas junto á un árbol de naranjo? ¿O en Coimbra, en la tierra cantada por Camoens, enviaron los azahares su perfume, hasta la gruta en que soñaba el genial autor de la Luisiada?

Lo ignoro, pero lo cierto es que son muy bellos, que sonríen á los cielos azules como los pétalos de myosotis, y mueren de nostalgia ó languidecen en los países de spleen, en los países grises envueltos en neblina; parecen amar la vida radiante, la vida que embriaga; sus frutos de oro se enferman de anemia, allí donde su amigo el sol, no los enrojece con sus caricias, palidecen y se inclinan á la tierra, no bajo el peso del dulce líquido que circula bajo su corteza, sinó porque sienten la atracción de la muerte, como todos los que padecen de tristezas, de esa dolencia exquisita que ataca á los seres y á las cosas; y las hojas pulidas y lustrosas, se yerguen más hermosas y más frescas, condensando en su superficie las gotas de rocío como en un arca de esmeraldas un brillante, ó en el seno de una ola verde un claro rayo de luna, y sus flores quieren todas embellecer los rostros hijos de la alegría; una corona de azahares sobre una bella cabeza cubierta de rizos muy negros y sedosos, es como una sarta de perlas que ha sido colocada en el ala de un negro cuervo, como copos de espuma blanqueando en las sombras de un abismo, como globos de marfil encerrados en un estuche de oscuro terciopelo; y sobre la frente de una de esas bellezas frías é impasibles, de esos rostros sin

Domingo F. Sarmiento

vida y sin luz, son caprichos del mármol sobre el mármol, hablan del arte muerto y nada más.

. Poned en un jarrón de cristal rosa con incrustaciones doradas, un ramo de azahares; y colocadlo junto á la cabecera del lecho de una mujer hermosa, allí vivirán mucho, los pétalos por un milagro no caerán y llenarán de aromas el cuarto de la bella, pero . . . colocadlo sobre un altar mortuorio, junto á un cadáver, y las pobres flores inclinando sus corolas, morirán antes, mucho antes que el cuerpo que adornan baje á la tierra; es que ellas no pueden vivir en la sombra, ni contemplando una agonía; es que no son como las tristes azaleas; son flores de amor, flores de alegría, y no para la tristeza ó la muerte.

Mayo de 1911

CRISTINA ZAMORA

Domingo F. Sarmiento

La estatua

Un alma excelsa de mujer se advierte
correr por tu marmórea carnadura
y el deseo magnánimo procura
con su fluido vital estremecerte.

Su estéril ambición redobla al verte
brindar la gloria de la forma pura,
volcar la miel de la pupila obscura
y reír con la risa de la muerte.

Y el pensamiento, al comprender que es vano
desear que sientas con sentir humano
para gozar tu amor cuando sintieres,
dominado otra vez por el hastio,
mide tu pecho . . . ¡impenetrable y frío
como el pecho de todas las mujeres!

V. FRENCH MATHEU

Buenos Aires, Mayo de 1911.

Domingo F. Sarmiento

Aroma eterno

En la noche callada, cabe morisca reja,
que tiñen los claveles con su sangrienta nota,
é ilumina la luna que en la región ignota
parece blanco espectro de medioeval conseja;

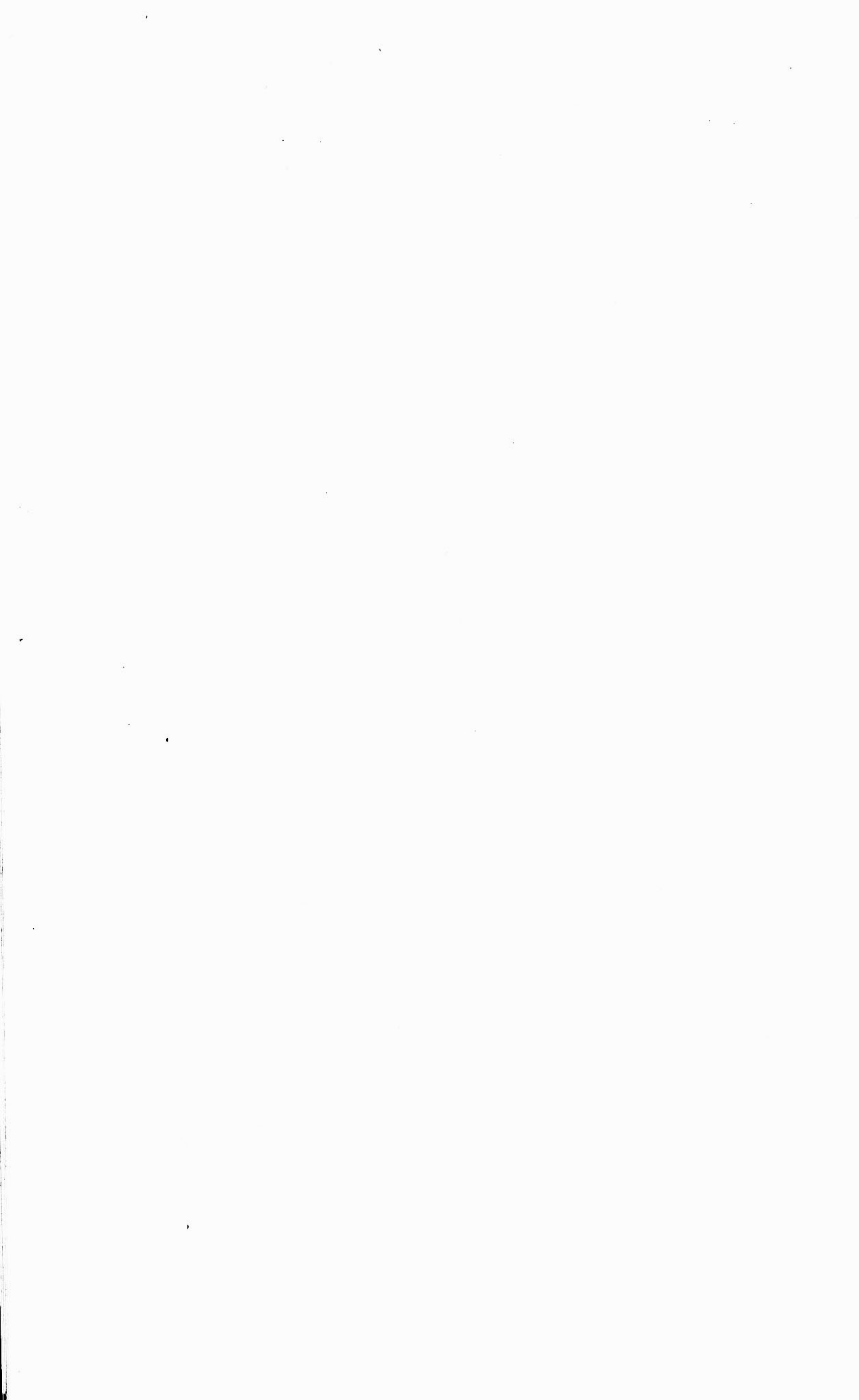
La vibración se escucha turbando la calleja
de enamorada guzla, de la que alada brota
una canción de amores, cuyo gemido agota
la pasión siempre nueva y como el mundo vieja.

Cesa el canto y al punto, y silenciosamente
ábrese los cristales y una doncella asoma
entre los duros hierros la alabastrina frente...

Se oye algo que semeja arrullo de paloma,
y en el beso que estalla vuela por el ambiente
del amor de dos almas el celestial aroma!

NICOLÁS AUGUSTO GONZÁLEZ

Buenos Aires, Mayo de 1911



DE VUELTA

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora

.....
Echeverría

Después de seis meses de ausencia que el buen paisano había empleado por completo en reunir una fortuita amparadora para disiparla luego en los primeros goces de su hogar previsto, con la amorosa Milagro que le rasguñaba el alma por quitarle las últimas tranquilidades que como nubes fugitivas emprendían rauda carrera hasta perderse, Venturita y el sufrido cari-blanco despuntaban por el recodo de la loma y torcían hacia el poniente, rumbo al nido feliz en que estaba aquel seguro de hallar la azul paloma de sus sueños de gaucho romántico.

El callejón estaba solitario y la inmensa selva por cuyas entrañas se abría paso, le enviaba su aliento de múltiples perfumes en medio de un continuo batir de hojas al ser movidas por el viento de la tarde. El sol temeroso de internarse en el confín lejano parecía levantar aún la cabeza para darle sus adioses, mientras la sombra precursora de la noche lo disputaba para envolverlo en su parduzco manto. Los pájaros endían el espacio como flechas lanzando silvidos discordantes al dirigirse amedrentados á sus nidos.

Venturita continuaba su camino al trote lento de su compañero de fatigas, con una sonrisa de candor en sus

Domingo F. Sarmiento

DE VUELTA

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora

.....
Echeverría

Después de seis meses de ausencia que el buen paisano había empleado por completo en reunir una fortunita amparadora para disiparla luego en los primeros goces de su hogar previsto, con la amorosa Milagro que le rasguñaba el alma por quitarle las últimas tranquilidades que como nubes fugitivas emprendían rauda carrera hasta perderse, Venturita y el sufrido cari-blanco despuntaban por el recodo de la loma y torcían hacia el poniente, rumbo al nido feliz en que estaba aquel seguro de hallar la azul paloma de sus sueños de gaucho romántico.

El callejón estaba solitario y la inmensa selva por cuyas entrañas se abría paso, le enviaba su aliento de múltiples perfumes en medio de un continuo batir de hojas al ser movidas por el viento de la tarde. El sol temeroso de internarse en el confín lejano parecía levantar aún la cabeza para darle sus adioses, mientras la sombra precursora de la noche lo disputaba para envolverlo en su parduzco manto. Los pájaros endían el espacio como flechas lanzando silvidos discordantes al dirigirse amedrentados á sus nidos.

Venturita continuaba su camino al trote lento de su compañero de fatigas, con una sonrisa de candor en sus

Domingo F. Sarmiento

labios, chicoteado de frente por el viento que hacía levantar el ala de su sombrero revelando un frontal de inteligencia fácil. No oía ni miraba el deliquio sublime de la selva; los arpegios y melodías de su música incesante en esa hora suprema en que toda Natura se estremece de tristeza al verse abandonada del esposo inconstante que le dá color un día: no reparaba en la ternura infinita de los ocultos moradores del bosque formando una armonía admirable con su espíritu transformado, por el flotar continuo de una intriguilla halagadora, en uno ambiente cargado de ilusiones, ansiedades, y esperanzas.

Soñaba . . . después de la faena tenáz y valerosa de seis meses en que su estirpe colla triunfó una vez más de las asechanzas de la suerte, se sumergió por completo en el torrente cristalino de sus ideales palpitantes. Veía á su lindo Milagro, toda una flor silvestre de atracciones y gracias peregrinas, recostada perezosamente en las trancas del corral, haciendo pliegues en su falda de batista, la mirada perdida en la inmensidad de la planicie verde, escuchando indiferente sus imploraciones medrosas, sin que, terca, quisiera dar el brazo á torcer: picara, se hacía que no creer en la sinceridad de su cariño, y todo por *hurguetearle* el corazón y hacerlo saborear las sales de una esperanza no cumplida.

Ahora se vengaría. Cuando habitaran el rancho de paja olorosa que él construiría con sus manos, la haría recordar aquella vez que no quiso entregarle el mechón de pelos que se había cortado obedeciendo á un pedido suyo; y aquella otra en que después de traerle tres pichones de zorzales no quiso darle sus labios para plantificarle tres besos, uno por cada uno, que le había ofrecido, y

Domingo F. Sarmiento

quedó con que era al fiado; y mil otras que lo había engañado de igual suerte, para probar su constancia y su firmeza á despecho de las agudezas que de más en más le inferían las flechas de Cupido al clavarse en su corazón cargado de penas hasta arriba.

Pero ya se vengaría, sí, y en castigo, ebrio de felicidad y deseo, le daría diez besos, cien, mil, hasta chuparle todo el carmin de sus labios de granada.

Se encontraba en esta parte de sus sueños, cuando llegó al punto en que las altas murallas de árboles corpulentos y sombríos eran cortados por un plano perpendicular de simetría perfecta, extendiéndose á su planta una interminable sábana de verdes pastos: el cielo que hasta entonces se había mostrado como una estrecha faja azul se abrió sereno en su continuidad insondable.

Lanzó un suspiro de satisfacción intensa, aspiró por un rato á pulmón amplio el aire, su cuerpo tembló al peso del amor más fuerte que él, y de esa especie de temor que sienten los amantes candorosos al hallarse en presencia del objeto amado, ó al pensar solo en la entrevista próxima, traducida en un idilio indefinible: y es que había divisado, á través la poética enramada, la blanca casita que escondía su tesoro de ilusiones.

¡Oh, días de mis amores
Qué dulces fueron tus horas.
Fray Cayetano Rodríguez

La noche había cerrado y el cielo se cubría de estrellas. Reinaba un silencio casi absoluto, el silencio espantoso y mustio de las pampas, interrumpido á veces por el aullido lastimero de un perro perdiéndose gradualmente en sus ecos sucesivos. El viento frío del oeste traía perfumes de azahar, de ese perfume que amengua las hogueras del espíritu y aviva las tristezas del corazón, yendo á quebrar su empuje en la montaña próxima.

Nuestro gaucho llegaba, mientras tanto, á la casa de su amada y después de atar el bagual inseparable al tronco de un altísimo ceibo que como gigante avanzado extendía sus ramas á la entrada, fué en derechura hacia la ventana inolvidable, testiga única de aquellas noches gratas y angustiosas á la vez, en que solía estar horas enteras pendiente de las palabras de su prenda, como el pez del anzuelo despiadado.

Allí estaba, fiel á su palabra de campera noble, aguardando impaciente la llegada del hombre á quien uniría los lazos de su amor inmenso y virgen, el codo pegado al ángulo, de la ventana y recogido el pensar en un punto único.

La distancia y el tiempo habían terminado la obra que Venturita apenas si pudo principiar, y en breves días aquel pecho que aún no habían filtrado sus querellas de amor, fué invadido pacientemente por la ansiedad eterna.

Domingo F. Sarmiento

Sus corazones comulgaron en un solo y dulce sentimiento, y la fusión de aquellas almas que se venía operando secretamente desde mucho tiempo, se selló para siempre en el marco mudo de aquella ventanita cómplice de mi largo pasado de suspiros, ruegos, congojas y lágrimas.

ENRIQUE ALMADA



Domingo F. Sarmiento

El Secreto de Fray Lorenzo

Los Estudiantes de la clásica Universidad de San Carlos conocen de memoria el lúgubre sonido de la campana que en lo alto de la torre de la iglesia jesuítica anuncia tristemente el paso de las horas, como eco lastimero lanzado por las viejas generaciones al ver el avance de nuevos tiempos y de nuevas ideas, que libres y sin prejuicios, rompen la monotonía claustral de las immaculadas bóvedas, donde tantas veces Fray Trejo predicara el *honeste vivere, alterum non ledere suum cuique tribuere*.

Federico, decano de los porteros de la Universidad, hace treinta y cinco años que abandonó el mundo, donde dejara sus recuerdos y sus últimos amores, para entrar con la solemnidad de un monarca en posesión del vetusto cordel que hace resonar la mística campana en lo alto de la torre monacal. La nieve de los años ha caído sobre sus cabellos y él, con angélica sonrisa, mira pasar la vida, disfrutando del ideal retiro con que soñara Fray Luis, teniendo durante las noches, por único compañero, el rostro de Trejo y Sanabria, á quien la gratitud estudiantil immortalizara en el bronce, sobre las alegorías de un pedestal granítico.

Aquella noche la campana acababa de anunciar las once, hiriendo la soledad de los claustros y las bóvedas contiguas del templo de la compañía de Jesús, donde reinaba una soledad espectral y funeraria. En aquel momento el indefinido acorde de un órgano que gemía pausa-

Domingo F. Sarmiento

damente en un lugar desconocido esparció sus armonías, como un sutil perfume embriagador, disipando las tristezas, cual lo hiciera en el espíritu una encantadora sonrisa mujeril. Guiado imperceptiblemente me dirigí hacia las gradas de mármol que conducen á la biblioteca, llegué debajo mismo de la escalera principal, donde parecía escucharse con más claridad aquel vago y divinal torrente de exquisitas melodías. Atónito permanecí breves momentos en aquel lugar, cuando ví con estupefacción que el muro cedía y giraba sobre una de sus aristas al contacto de mi cuerpo. Me encontraba frente á una puerta secreta que conducía á un largo subterráneo.

De pronto el éco se escuchó vibrante, sonoro, para cesar luego por completo; una vaga claridad producida por cirios invisibles iluminó mi rostro pálido por el terror y me mostró las piedras que formaban el muro desnudas y brillantes cual si fuera una dentadura marfilina que enseñara sus dientes en una carcajada diabólica.

Penetré tembloroso en aquella galería de tres siglos, en medio de una larga hilera de cráneos que mostraban sus órbitas oscuras y sus mandíbulas sonrientes, y allá, en el fondo, una espectral figura, con hábito de jesuita, dejaba caer sus descarnados dedos sobre el teclado de un armonium, que gemía pausadamente, mientras se oían las últimas notas de un romance.

En un rincón oscuro se veía una pequeña mesa, con incrustaciones plateadas en donde estaban amontonadas las armas de un caballero cuyas letras de oro formaban el nombre: Rodrigo. En un hueco del muro divisé un pequeño cofre de plata en el que se leía dos nombres entrelazados, Brunilda y Rodrigo; abrílo apresuradamente

Domingo F. Sarmiento

y encontré un viejo infolio de pergaminos en el cual Fray Lorenzo narraba sus últimas memorias.

Me enteré entonces entre aquellas armas y pergaminos del secreto de Fray Lorenzo de quién la fábula me había enseñado tantas cosas.

Vivió á principios del siglo XVII, habiendo asistido á la fundación de la Universidad de Córdoba.

En España durante sus mocedades fué un noble caballero, valiente y aguerrido como lo habían sido sus antepasados sintiéndose orgulloso de su sangre y de su raza. Su padre había peleado en las guerras de Felipe II, habiéndose distinguido notablemente en San Quintín.

Rodrigo, que tal era el nombre de Fray Lorenzo, había sido herido á los diez y ocho años por la estocada más certera para un corazón apasionado: el deliquio de una mirada amorosa.

Sus ojos se encontraron una y mil veces con otros ojos ardientes y expresivos, sus labios al juntarse con otros labios sintieron todo el fuego abrasador del primer beso, y Rodrigo amó, amó por vez primera, con toda la impetuosidad de su sangre castellana.

Brunilda, la morisca, amaba también, como nunca lo había hecho en su vida, su cuerpo soberanamente hermoso habiase acostumbrado á sentir el contacto del mancebo cuando éste la ceñía el talle en un infinito abrazo de voluptuoso arrobamiento.

Una noche, Rodrigo escuchó estupefacto de labios de Brunilda toda la abrumadora realidad. El rey Felipe III acababa de expulsar á los moriscos de la península y más de un millón de éstos, de todas condiciones y edades, debían ser conducidos á las costas africanas.

Domingo F. Sarmiento

Brunilda arrojóse llena de llanto en brazos de Rodrigo y permanecieron así, juntos, muy juntos, sintiendo latir al unisono sus corazones, en un vértigo de inacabable dulzura, sintiendo la desesperación del último beso, de la última mirada, del último suspiro amoroso de sus almas.

Brunilda, la morisca, marchó, marchó muy lejos, y Rodrigo trocó su espada de mancebo, por la grave investidura sacerdotal, buscando en la soledad del retiro, olvidar el perfume de su ensueño amoroso, en un *lugar cobdiciadero vara un hombre cansado*, como diría el inmortal Gonzalo de Berceo.

Tres años después se fundaba la Universidad de Córdoba, y Fray Lorenzo fué uno de sus mejores profesores, por eso todas las noches, debajo de la escalera principal, turba la inmaculada soledad de los claustros, los últimos écos del triste romance de Rodrigo.

ROBERTO J. PONSSA

Córdoba, Mayo de 1911



Domingo F. Sarmiento

Colombina se fué

El olvido es el verdadero
sudario de los muertos.

Jorge Sant

Era carnaval. Era la fiesta de Momo, del bullicio, de la algazara. En esos días todo es alegría y se olvidan hasta las penas, porque el único deseo del que las tiene es olvidarlas. Correr con carrera loca, jugar, reír, reír muy fuerte . . . para que después al terminar como termina un sueño delicioso, volver al rodar inmenso de la vida, esa vida de miserias y pesares donde el amor es un verdugo y la diversión un sueño. ¿Quién puede estar triste en ese día? Pierrot.

*
* *
*

Febo se ocultaba allá á lo lejos lanzando su último destello. Siguiendo su eterno camino iba á perderse en las inmensidades del infinito, con su color de hierro enrojecido que se reflejaba en el cielo con las más bellas tonalidades rosas.

Pierrot no veía esto que en otro tiempo tanto admirara, cuando con un brazo enlazado á la cintura de Colombina, y absortos en la meditación de tal grandeza, contemplaban por entre los árboles, el retiro del astro rey

Domingo F. Sarmiento

llevando la luz á lejanos países y dejando tras sí la oscuridad nocturna.

Ya no lloraba. Caminando con paso de sonámbulo alejándose del cementerio, el templo de la muerte, para acercarse al curso de carnaval, el templo de la alegría.

En todo él se notaba el desaliento originado por la ausencia de la mujer amada; con la guitarra caída y rota, deshecho el gracioso moño que en otro tiempo anudara Colombina, desaliñado el traje, sin brillo y sucios los zapatos . . .

Tropezó con un banco y se sentó. Pensaba aún en Colombina. Recordaba su risa cristalina y pura, su rubia y ondulante cabellera, sus ojos azules, grandes y transparentes como las aguas puras del más poético lago; recordaba el lunar picarezcamente escondido en la espalda debajo del escote, donde había posado sus más ardientes besos.

Colombina había muerto por la mañana tendida sobre su blanco lecho y viendo por la abertura de su ventana como nacía el sol, sin sentir ni el llanto ni los besos de Pierrot. Un tibio rayo del astro naciente vino á chocar con el seráfico rostro de Colombina, ella cerró los ojos dulcemente y su alma voló hacia lo desconocido. Había muerto sin un sacudimiento, sin un estertor, suavemente acariciada por el alegre y claro sol que tanto amaba.

¿Que había sucedido después? Pierrot no lo sabía. Siguió mudo y taciturno el cadáver que se llevaron y enterraron; sin recordar si había estampado el último beso en sus bellos ojos que perdiera para siempre. Ya no quedaba nada. Colombina había sido una sombra dulce, muy dulce que se cruzara en su camino . . . y nada más. Todo había acabado; ya no sentiría esos besos amorosos

Domingo F. Sarmiento

cuando, loca de alegría y rebosante de juventud y belleza, con sus brazos torneados y amorosos, se envolvía á su cuerpo mimosamente tierna.

Pierrot ya no lloraba. Sentado en el banco, ya no pensaba. Seguía con la vista fija en el cielo mortecino por las ultimas luces de Febo, cuyo rojo disco había desaparecido ya. La luna asomábase púdica por entre las nubes.

*
* *

Por detrás de los árboles apareció una figura de mujer encantadora. Era una «pierrette» alta y flexible, de espléndida cabellera, cuyos negros rizos se escapaban desordenados por debajo del sombrero de alas levantadas al costado. Se iba acercando con paso temeroso, lentamente, con pequeñas interrupciones y á pesar de ello con una traviesa sonrisa en los labios. Llegó al banco de Pierrot sentándose á su lado, sin que él lo notara. Al verle tan triste, su sonrisa desapareció. Ya no reía.

El lugar estaba silencioso. Los pajarillos, que ya habían hallado sus moradas, callaban, y las nubes se retiraban silenciosas dando lugar á un cielo puro donde resplandecía en todo su esplendor la reina de la noche. El banco se hallaba en medio del bosque, al borde de un camino; á un lado alzabase el cementerio y al otro se divisaban las iluminaciones de carnaval. El espejo de la humanidad: acá la tristeza, allá el bullicio y la alegría.

—Pierrot—susurró Mimié.

Pero él no la oía; no recordaba el mundo, ni pensaba tampoco en Colombina; seguía con la vista fija en el poniente sin mirar á nada porque la claridad solar había desaparecido.

—Pierrot, soy yo, Mimié—le dijo más bajo aún.

Pierrot dióse vuelta y la miró. Conocía á Mimié hacia dos años, siendo en aquel entonces una jovencita de 17 que comenzaba á ser mujer. Siguiendo el giro juguetón de su espíritu, habíala hablado de amor para divertirse viendo como, sonrojada, bajaba la cabeza. Cierta día, estremando la nota, hizola una verdadera declaración amorosa y grande fué su asombro cuando ella, toda confundida, le dijo que también le amaba . . .

—Pierrot, soy Mimié, ¿recuerdas aquella tarde de verano?

Y seguía hablando. Recordábale la primera vez que le susurró palabras de amor y le hacía saber que ella ¡tonta! al recordarlas después, había llorado no sabía si de alegría, de amor ó de tristeza; talvez de esta, ya que bien comprendió que Pierrot no sentía cuanto le había dicho . . . y ella, la pobre Mimié, le había amado siempre, sin aceptar á otros debido á ese insensato cariño que anidaba en su pecho. Pero Pierrot no se fijaba en nada no veía su tristeza cuando pasaba con Colombina; y en verdad que si hubiese visto entonces su llanto, Pierrot no se habría reído, no, como tantas veces lo había hecho después de sus amistosas bromas.

Poco á poco, su voz entrecortada y tierna dominó á Pierrot; oía sus palabras de reproche mezcladas á recuerdos encantadores y empezó á darse cuenta porque se sonrojaba Mimié, cuando él le tocara la mano ó rozaran, al azar, sus vestidos.

Domingo F. Sarmiento

Y Mimié seguía. Ahora Colombina había muerto, era un recuerdo dulce, muy dulce y nada más, y ella le quería mucho y ¿no es verdad que él también la quería un poquito? Y se estrechaba á Pierrot alzando la cabeza, rozándole el hombro con la cara y mostrándole su boquita locamente encantadora

Miró Pierrot una vez más el cementerio que negro y silencioso se alzaba allá á lo lejos; fijó después sus ojos en las luces del corso y sin una palabra, sin una protesta . . . dejó que Mimié le llevara.

*
* *

Se iba acercando hacia la gran ola, la ola de alegría, llevado dulcemente por Mimié. Y volviéndose á intervalos hacia el banco donde llorara por primera y, quizás, por última vez á Colombina, seguía caminando con el paso inseguro de los niños.

Adiós Colombina, suspiró Pierrot. Luego un sollozo . . . una lagrima . . . y volvió bruscamente y para siempre la cabeza, dejando atrás, y perdido en la negra noche, el recuerdo de su primer amor y del lugar donde derramara las únicas lágrimas de su vida. Pasó el brazo por el talle de Mimié, y envolviéndola toda para unirse en el más estrecho abrazo, la dió el primer beso y lanzó una carcajada. Había vuelto á comenzar la comedia del engaño . . .

.
.

Por entre los grupos carnavalescos perdiéronse á lo

Domingo F. Sarmiento

lejos Pierrot y Mimié, corriendo cojidos del brazo, él con su guitarra á la espalda y ella riendo con su preciosa risa de cristal.

¡Pobre Colombina! Había muerto dos veces, una para el mundo y otra para el corazón de Pierrot. Esta es la vida: vivir para ir á caer siempre en la muerte y el olvido.

VICENTE SAGGESE

Rosario, Mayo de 1911



EL DESTINO

Allá por el Oriente sobre las costas del Mar Egeo, en el Asia Menor, se extendía la famosa Lidia cuya floreciente capital, Sardes, ¡¡la bella Sardes!! . . . erguíase imponente, rodeada de colinas cubiertas de bosques y jardines.

En el centro de la opulenta ciudad y en el lugar mas encumbrado, se levantaba el Acrópolis con el Templo de Apolo, el famoso palacio de Creso y otros magestuosos edificios construidos con rojizos ladrillos pero no por esto menos bellos en su imponente y característica arquitectura.

Sardes era, además de la capital del reino de los lidios, una importante plaza mercantil: su ventajosa situación le proporcionaba los medios de ser la intermediaria en el comercio entre los pueblos asiáticos y los europeos; y era frecuente ver discurrir por sus tortuosas y estrechas calles mercaderes de todos los paises; los orgullosos persas de lengua barba, los astutos fenicios, los egipcios de gruesos labios y tez bronceada, los griegos insinuantes, todos ellos ponderando sus mercaderías, los bordados, las pieles, los tapices y sederías, muchas de ellas teñidas con la celebre púrpura de Sardes, los perfumes orientales y otros mil artículos de diferentes procedencias anunciados por sus respectivos dueños á grandes voces, entre el trotar de los camellos, la trepidación de los carros y el griterio inmenso de una alegre multitud ávida de negocios y de fiestas.

Domingo F. Sarmiento

En la época á que nos referimos (Siglo V, a. d. J. C.) gobernaba á los lidios Creso el opulento, cuya corte no tenía igual en el mundo por su ostentación y magnificencia, por el número de sabios y poetas que desde todos los países acudían á recibir la protección del magnánimo Rey. Las anchurosas galerías del espléndido palacio y los maravillosos jardines esmaltados de estatuas y pabellones, se veían siempre llenos de aquellos cortesanos entretenidos en alegres fiestas en honor de los Dioses, del monarca ó de alguno de los hijos de éste.

El sabio ateniense Solón atraído, como muchos, por la fama de la corte de Sardes fué recibido un día por el monarca lidio invitado á contemplar todo el esplendor y fastuosidad de tanta riqueza y poderío. Pasaron por los ojos del legislador griego las barras de oro y plata apiladas en largas paredes, extraordinaria cantidad de piedras preciosas de todos colores y tamaños, hermosísimas perlas orientales de los más vistosos matices, las más ricas vajillas, los más lujosos aderezos y todo lo que la vanidad humana puede acaparar y construir para dar idea del lujo y del poder. Pero el modesto huésped permanecía callado ante tanta maravilla y no salió de sus labios ni una sola palabra de alabanza hacia el dueño de aquellas riquezas. Extrañado Creso de la conducta del sabio, tanto más cuanto que estaba acostumbrado á oír de sus visitantes frases elogiosas y conceptos ponderativos, continuó mostrándole sus palacios, sus templos, sus ejércitos y por fin le presentó á sus hijos, Atis, mancebo arrogantemente hermoso, valiente é instruido y Falesis primorosamente bella y dotada de todas las gracias.

¿No me crees ¡Oh amigo Solón!! el más feliz de los

Domingo F. Sarmiento

hombres? A esta pregunta de Creso contestó el sabio griego: «Ningún hombre durante su vida puede considerarse el más feliz, pues no sabe lo que le reserva el destino antes del día de la muerte».

Esta respuesta del ateniense no satisfizo en nada al orgulloso monarca y solo sirvió para que éste formara un menguado juicio sobre el más sabio de los griegos.

Transcurrió cierto tiempo: una noche soñó Creso que su hijo Atis moría atravesado por una lanza y creyendo ver en ello el aviso de alguna deidad protectora separó al primogénito del ejército, le prohibió tomar parte en combate alguno y hasta hizo retirar todas las armas colgadas en los muros del palacio, temeroso de que por cualquier accidente fortuito se cumpliera la previsión fatal. Pero fué en vano. Cierta día presentóse al monarca un grupo de campesinos refiriéndole que un monstruoso jabalí aterraba al país, por las víctimas que venía causando entre la gente de los campos y entre los ganados, por lo cual rogaban al Rey enviase algunos soldados que dieran caza al feroz animal. Atis que estaba presente se ofreció á dirigir la cacería y á pesar de la negativa de Creso, fueron tantas las razones que expuso el jóven príncipe y tal su empeño en realizar la expedición que, no queriendo el Rey que apareciese su hijo como cobarde á los ojos del pueblo, le dió el permiso pedido.

Atis el valeroso, el hermoso mancebo, el ídolo de Creso, la esperanza del poderoso monarca, partió á la caza del jabalí, pero á los pocos días presentaban al padre el cadáver del hijo idolatrado en medio de la consternación de todo el pueblo. Un golpe de lanza dirigido por uno de los cazadores contra la fiera y desviada por un

Domingo F. Sarmiento

fatal accidente, había atravesado el cuerpo al desgraciado príncipe.

A partir de este suceso, y no considerándose ya Creso el más feliz de los hombres, tuvo sin embargo más ocasiones de arrepentirse de su pasada jactancia y de comprobar la verdad de la sentencia de Solón.

Su hija Falesis se casó contra la voluntad de su padre con Hiriades, jefe guerrero de una de las legiones de Ciro; y cuando ya no quedaba al desgraciado Creso más que el emporio de sus riquezas y el poder de sus extensos dominios, le fueron arrebatados estos por una invasión de los ejércitos de Ciro.

Cuéntase que tomada Sardes por lo enemigos y no queriendo Creso quedar á merced del conquistador, mandó preparar una pira y arrojó sus mejores tesoros á las llamas lanzándose entre ellas con el corazón colmado de amargura y pronunciando las palabras del sabio Solón.

Ciro, sin embargo, pudo impedir el fatal desenlace y supo mostrarse digno con el vencido.

ELEUTHERIA PATRICKIOS

Mayo de 1911



Domingo F. Sarmiento

Interior provinciano

Es una sala blanca con sillones ya viejos,
Limpísimas cortinas delante las ventanas,
Y en las paredes brillan ovalados espejos
Que tienen muy brumosas sus lunas venecianas.

El retrato imperfecto de un abuelo á la antigua,
Con peluca rizada y una flor en la mano,
Eleva tristemente su figurilla exígua
Sobre los dos floreros de encima del piano.

Todo es paz en la casa y el sol de la mañana
Teje rayos dorados á través de la cortina,
Mientras entra á raudales por la abierta ventana
El perfume salino de la brisa marina.

Y Mytila en la paz de la casa callada
Desgrana un dulce andante, lleno de sentimiento,
Que Beethoven, el génio de ceñuda mirada
Oiría en los sonos misteriosos del viento.

Y fluye como un río sonoro de cristal
La sonata que bordan los dedos de Mytila,
En la gran luz sonora del día musical,
En la paz virgiliana de la casa tranquila.

L. VIVES.

Domingo F. Sarmiento

FORTALEZA

Muere el día. Su rayo mortecino
Derrama el sol. En la extensión callada,
Como blonda á los aires desplegada,
Flota niebla de tinte purpurino.

Llegan dos hombres á un erial camino
E inmóviles se paran á su entrada,
Cual si esperaran con la frente alzada
La sentencia inmutable del destino.

Es un Hércules uno. Faz severa,
Resultado y firme el ademán, parece
Que adversidad futura no temiera.

Contraste singular el grupo ofrece . . .
Débil el otro, enano, cual si fuera
Enferma flor, á su costado vése.

II

El desengaño en su perenne andanza,
Se acerca á los viajeros decidido
Y al cruzar revolando estremecido,
Con su dardo aguzado les alcanza . . .

Dobla el coloso la cerviz y lanza
De su pecho extertórico gemido:
Como olímpico dios queda vencido,
Esfumada su espléndida esperanza.
El débil nó. Resuelto en el instante,
Alza la frente presa del deseo
Y prosigue su marcha hacia adelante.

La visión de los dos ante mi veo:
El pigmeo de espíritu gigante
Y el gigante de espíritu pigmeo! . .

GODOFREDO NEUMANN CAFFERATA

El Corpus Christi de la aldea

Como un modesto homenaje á Domingo Faustino Sarmiento, que tan hermosamente cantara las costumbres de su tierra cuna.

Las fiestas religiosas y patrióticas van perdiendo año tras año su importancia primitiva, sobre todo en las ciudades importantes. Genuinamente populares en otrora, hoy se reconcentran en el seno de las iglesias y de las escuelas, sin que el pueblo participe mayormente de ellas. El último 25 de Mayo nos presenta en nuestra capital un ejemplo gráfico de ese indiferentismo. Las muchedumbres recorren la Avenida como elementos extraños á la fiesta patria, como expectadores ajenos á la conmemoración de una fecha histórica, como simples curiosos que presencian aburridos el desfile de las tropas ó contemplan la deficiente iluminación.

Es que entre otras causas, el pueblo asiste á las fiestas religiosas ó patrióticas más por el deseo de divertirse que por religiosidad ó patriotismo. Y en las ciudades en donde los espectáculos públicos están tan difundidos, en dónde el teatro y otro género de diversiones están al alcance de todos los bolsillos, la iglesia y la patria son ya entidades un poco gastadas para despertar en las multitudes ese entusiasmo desbordante que caracterizaba años atrás á las conmemoraciones religiosas y civiles.

La iglesia ha sido la primera en desalojar las plazas y las calles, en renunciar á su vieja soberanía del aire libre.

Hoy dia, son muy pocas las celebraciones religiosas que abandonan el interior de los claustros ó de los templos para salmodiar sus oraciones bajo la techumbre azul. La congestión del tráfico por otra parte, le ha hecho ver, que aparte de cierta irreligiosidad ambiente, no es menos apreciable para tal abstención los peligros de la calle populosa, y que un autor de zarzuela hace notar, quizá de una manera un poco profana, cuando un atrevido chauffeur se jacta de haber atropellado con su automóvil á toda un procesión.

Todavía se puede contemplar sin embargo, en los pueblos de provincia, una fiesta patria ó religiosa con todo su originario colorido, tal como las heredamos de las costumbres del coloniaje.

El viajero que visite un pueblo del interior en ésta época presenciaria una fiesta original y simpática, en donde el enjambre de colores y ornamentos vistosos, acusa inequívocamente el origen español.

Es la fiesta del Córpus.

Cuando el sol, transponiendo las montañas, aparece derramando su lumbre tibia, en esas mañanas heladas del mes de Junio, en que los picachos ostentan más blancos sus nieves eternas y el agua corre perezosa en las acequias bajo una gruesa capa de *escarcha*, la plaza de la aldea pequeña y cuadrangular, ofrece ya el espectáculo del pleno movimiento. En cada una de sus esquinas se levanta el complicado maderamen donde se hará derroche de adornos para colocar el sitial destinado á servir por un momento de tabernáculo á la hostia consagrada. Un

Domingo F. Sarmiento

enjambre de mujeres, de hombres y de niños se confunden y se pierden en el montón de alfombras, esteras, géneros y ornamentos aglomerados y que esperan su debida ubicación.

Cada propietario vecino á una esquina determinada de la plaza, es un contribuyente que tiene el ineludible deber de aportar cuanto posea, y pueda servir para dar mayor realce á la decoración de la misma. No es pues, extraño la existencia de mil objetos diversos que hacen el efecto de una inmensa *feria* al aire libre. Banderas de todas clases, tamaños y naciones; alfombras de distinto color y edades, lámparas, faroles y sillas de todos los gustos, plantas y flores en inmensa profusión; enormes tiras de bramante blanco, de merino azul y colorado, que sirven de unión entre una esquina y otra, y que una vez terminado el arreglo de la plaza forman como un vistoso cercado multicolor.

Y no se crea por esto que el comerciante, proveedor ó prestamista de estas piezas de género, experimente desazón ó inquietud ante el consabido maltrato de sus artículos de mercería, al contrario. Aparte la satisfacción de amor propio de tendero generoso y necesario, tal préstamo es un disimulado reclame para la venta futura. Y no es extraño que al día siguiente ó el mismo día, cuando los géneros vuelvan á ocupar sus respectivos escaparates, oir á las mujeres solicitar «dos metros del merino azul que sirvió para la *compostura*» ó diez de «ese bramante que estaba *estirado* de tal árbol á tal otro». La buena parroquiana destina luego el merino azul para un vestido dominguero y el blanco bramante para ropa interior. De todas maneras, aunque pierdan algo con el

Domingo F. Sarmiento

cambio, los dichosos géneros pensarán que ellos como los seres humanos, están sometidos á las alternativas de la buena y mala suerte.

¡Quién no conoce la ingeniosa historia de un alfiler!

No faltan tampoco portavoces que llevan de una esquina á otra continuas informaciones sobre la belleza creciente de la ornamentación exaltando las *santas* rivalidades. Son los pilletes que apenas se anuncia el sol, tiritan de frío, recostados contra las paredes, en mangas de camisa y los pies desnudos, ó tomando el *solcito* con las manos perdidas en los amplios bolsillos del ex-pantalón de sus mayores. Pero no es indudablemente su edad ni sus aptitudes para estar sometidos por mucho tiempo á los principios de la inercia. Se insinúan poco á poco entre el gentío, provocando á menudo profanas interjecciones entre los fieles á quienes estorban en sus maniobras, terminando por revolotear en toda la plaza, dando y recibiendo pelliscos y entrenándose para sus futuras hazañas en la procesión.

Una hora antes de enseñorearse el sol en el cenit, la plazoleta está completamente revestida. Las alfombras de las salas de recibido cubren totalmente la calzada que circunda sus aceras. Los árboles ostentan como enormes frutos, farolillos y gallardetes de mil colores. Las banderas y cortinas de seda y tejidos de hilo flamean por todas partes. Los pebeteros de plata y cobre mezclan el perfume del incienso con el de las flores, que han vaciado las quintas y jardines, y el piso sembrado de violetas presenta un aspecto original, mientras los niños de las escuelas, formados á lo largo de las calles esperan impacientes, con canastillas de flores, la salida del sacramento para deshojarlas á su paso.

Domingo F. Sarmiento

Las campanas de la torre de la iglesia echadas al vuelo llenando la aldea con sus tañidos alegres; las campanillas de los monaguillos vibrando con sones argentinos, las bombas y los cohetes atronando el ambiente y las melodías del órgano portátil acompañando la voz del cantor, anuncian que la suprema divinidad sale del templo para mostrarse en la hostia sagrada que encierra la magnífica custodia de oro.

La procesión avanza en efecto, con paso lento, precedida por los «caballeros distinguidos» cargando el *palio* ricamente bordado, que sirve de dosel al sacerdote en cuyas manos brilla la *custodia* santa; avanza entre la lluvia de flores y las perfumadas nubes que forma el humo de los incensarios; pasa magestuoso por ese brillante escenario de mil colores, en donde todo acusa regocijo é imponente majestad, hasta el sol mismo, que desde el cenit envía sus rayos templados que se quiebran y reflejan en la brillante cristalería cubierta de flores avivando los matices de suyo vivos de esa inmensa polieromía.

Al llegar á la primera esquina, cesa por un momento el inmenso bullicio. El pueblo está de rodillas para contemplar con el debido homenaje al dios que centellea en lo alto del rico sitial. El sacerdote ora en voz alta unos minutos; se levanta, recoge su preciosa carga y el alegre bullicio de cohetes, campanas y cantos se reanuda, siguiendo en lenta peregrinación hasta el sitial siguiente.

En esa forma recorre la atalajada plazoleta, volviendo al templo en donde la devota muchedumbre se disuelve; y no sin cierto pesar, pues el brillante escenario desaparece casi instantáneamente y la aldea recobra otra vez sus fealdades ordinarias, aumentada por la persistencia

Domingo F. Sarmiento

de las imágenes anteriores que impresionaron vivamente los sentidos.

Y no crea el lector que la incompleta descripción que he bosquejado, es ya algo así como una categoría histórica. Hoy hace un año, que tuve ocasión de reavivar con la contemplación reciente de esa fiesta, mis gratos recuerdos de niño, cuando tiritaba yo también en esas frías mañanas de Junio, con las manos perdidas en los amplios bolsillos del ex-pantalón de mis mayores».

FRANCISCO SANTA COLOMA.

Buenos Aires, Junio de 1911.



Domingo F. Sarmiento

Domingo Faustino Sarmiento

Para bosquejar la vida, aunque sea á grandes rasgos, de este esclarecido argentino, que fué una de las glorias más puras del continente americano, sería necesario poseer una brillante pluma y un pensamiento de águila. Para escalar los vuelos de su imaginación profunda y sutilísima, para comprender sus aspiraciones prematuras y sus deseos de servir á la patria ámpliamente; para entrar en sus genialidades es preciso poseer talento refinado y las vistas geniales del precursor de nuestros progresos y de nuestra civilización.

Supo elevarse á las alturas, con el esfuerzo único de su pensamiento avasallador y de su mentalidad de rayo fulminante, y allá se mantuvo sereno y firme, inflexible y rudo sin que la atmósfera viciada se infiltrara en aquel organismo incorruptible. Fué bueno y de costumbres austeras. Su niñez transcurrió dedicada al estudio y al trabajo. Y en aquellos tiempos, con tan escasos elementos de instrucción y con pocos medios de fortuna, llegó á adquirir un saber ya superior á su época. Desde entonces cifró el porvenir de la patria en la educación de sus hijos, y fué el afán de su vida infatigable, el objeto de sus simpatías más íntimas y de sus más caros anhelos, la instrucción de la juventud.

Puede llamársele, sí, con justicia «El Gran Sarmiento», justo título adquirido con una labor profunda y múltiple, con una vida consagrada por entero á labrar el

Domingo F. Sarmiento

grandioso porvenir que su espíritu superior vislumbraba para la Nación Argentina!

Este viejo luchador realizó el pensamiento de Rivadavia y toda su vida, tanto en la patria como en el extranjero, en Norte América, Chile y el Perú, arengó á las multitudes con su palabra impregnada de verdad, exhortándolas á beber avidamente en la fuente purísima de la instrucción.

Para Sarmiento una Escuela equivalía á destronar el espíritu del gauchaje que se había enseñoreado; era abrir las puertas de la verdad fecunda; era volver la espalda á la ignorancia y franquear con bríos la senda del saber y de las múltiples actividades del humano espíritu cultivado.

Y así, aquella voluntad firme, puesta al servicio de su mente de fuego, hizo temblar al pueblo desde el llano hasta las cumbres, haciéndole acreedor al epíteto de loco. Loco, porque no vivía para el presente solo; sus miras giraban alrededor del porvenir de la Patria y con la clarividencia de su fé inquebrantable, avasallaba á sus enemigos con la sutileza de su ingenio y con su palabra incontestable.

Allí van por libros y revistas las anécdotas atribuidas al ilustre Sarmiento. Leedlas, y encontrareis su fondo filosófico, su enseñanza. Si, porque, sabedlo, antes que escritor, hombre de estado, Ministro, Presidente, era Maestro, como lo fué allí en su provincia natal.

¿Qué direis de un hombre que habiendo escalado todos los puestos públicos hasta el más encumbrado, no poseyera ni una casa de su propiedad para descansar en la vejez? Cuéntase que tuvo que vivir setenta años para adquirirla, y aún después desconfiaba de que pudiera ser suya. Una vez, y vá de anécdota, su palabra templada se

Domingo F. Sarmiento

hizo oír en el Congreso defendiendo no sé qué necesidad sentida y fue impugnada por un joven pretextando que su palabra carecía de autoridad por no ser él un hombre puro.

En el acto Sarmiento, sin inmutarse, manda traer un vaso de agua con un poco de tierra en el plato. En pleno Congreso declara que el agua cuando sale de la fuente es cristalina, pero cuando al empuje de las vertientes se transforma en corriente que va aumentando y desbordándose en los llanos donde fecundiza y sirve de vía más tarde al pensamiento, entonces ha perdido ya su transparencia, sus cristalinas agua se han enturbiado como se enturbian las pupilas ardientes después de una vida fecunda de trabajos y de anhelos. Imaginaos por un momento el efecto de esta salida y pensad en las muchas que habreis leído y que pugnan por salir de vuestros labios.

Lo fué todo: pensador genial, que se adelantó á su época, hombre de una prodigalidad poco común, escritor fecundo, maestro por convicción, amó á la niñez estudiosa tanto que el mármol siempre nos lo presenta entre libros y rodeado de niños, profundo conocedor del espíritu humano, difundió la instrucción en todos su ámbitos y su prédica fué eminentemente pacífica y moralizadora; como Ministro, representante del pueblo, Plenipotenciario, Gefe de Estado, descolló por su claro talento, por su patriotismo y desinterés.

Hoy, ya no se discute su personalidad, su vida se destaca con centelleos de genio inmortal. En breve, cuando su estatua se levante en la Plaza pública, la juventud que acuda objeto de su cariño, podrá contemplar á su antojo la figura del gran atleta, del viejo luchador, del maestro: ¡Niñas! Arrojadle flores al pasar!

AMELIA LYLIA FIASCO

OCASO

Los ténues rayos del Sol que se ocultaba tras las montañas jugaban con las luengas sombras de los sauces cuyos penachos acariciaba el viento.

Comtemplaba extasiado las numerosas nubecillas que le rodeaban; algunas blancas como gaviotas, otras negras cual girones arrancados á la obscura masa que lentamente ascendía por el horizonte, semejaban ora una larga cordillera de sinuosos perfiles, cuyas nevadas crestas parecían despedir irisados reflejos al ser heridos por sus débiles y rutilantes rayos; ora un inmenso mar cuyas tumultuosas olas coronadas de espuma iban á estrellarse contra una barrera de rocas formada por nubecillas más oscuras aún; ya dispuestas en un bello desorden, ya en una cimetría admirable.

Todo esto se reflejaba con un sello de naturalidad tal, que, por un momento me creí transportado á un país maravilloso por sus riquezas naturales, tal como lo sería la hermosa Suiza ó un rincón de los Vosgos.

Pero poco á poco esta visión fué desapareciendo; ya no se distinguían los perfiles de las montañas; ya no se distinguían las tumultuosas olas; ya no se distinguía nada . . . El crepúsculo. Honda melancolía acongoja á los cielos: ha muerto el Sol. Las cigarras entonan su monótona elegía, en los campos; los labradores abandonan sus tareas; tocan á oración en los templos, y las gentes se

Domingo F. Sarmiento

descubren. Un incógnito sepulturero arroja grandes paletadas de sombra sobre la régia tumba; y cuando las tinieblas lo envuelven todo, surge la luna. Es una lápida que una larga caravana de estrellas conduce á la tumba del Sol.

Solo los poetas pueden descifrar el cabalístico epitafio escrito sobre su marfilina superficie.

LEÓN BRONENBERG

Rosario, Mayo de 1911



WATERLOO

¡Waterloo! ¡Waterloo! Porqué cayó el gigante que con su sombra inmensa cubrió la Europa desde las ondas inquietas del estrecho hasta las heladas regiones de las estepas rusas á través de las vastas planicies de la Germania de sombríos horizontes, los blancos picachos de los Alpes y las verdes llanuras del Pó? Porqué cayó?

¿Porqué esa guardia de austeros soldados, porqué los combatientes de Rívoli y de Friedland, porqué aquellos lanceros, aquellos granaderos, aquellos dragones, calleron todos? Porqué la muerte arrojó su frío soplo desde las bocas de los cañones británicos y abatió aquellas legiones dignas de Esparta ó Roma? ¿Porqué?

Porqué aquellos soldados, hijos de la revolución, que pasaron los Alpes, que pasaron el Rín, que entraron en la Capital del imperio de los czares, que derritieron cien coronas con sus fuegos; porqué huyeron sangrientos, destrozados, perdiendo las águilas que su emperador les dió, cayendo aquí y allá bajo el filo de los sables ingleses y prusianos? ¿Porqué?

¿Cómo aquellas colinas, aquellas florestas que encuadran á lo lejos el vasto teatro de la última escena de una tragedia de quince años; cómo aquellas casas, esos pueblos cercanos al campo de batalla no cayeron en ruínas, en montones de tierra removidos al oír quebrarse los aceros de los vencedores de Jena Austerlitz:

Domingo F. Sarmiento

al ver á los vencedores de mil batallas huir, huir en desorden delante de los enemigos señalandos aún por los últimos sablazos recibidos?

.
La tarde caía y los últimos rayos del sol que apareció después del medio día, envolvían con su luz amarilla, temblorosa, Waterloo y su planicie. Un suave olor á tierra y hierbas húmedas soplabá en el ambiente, mesclado á las emanaciones aromáticas que la brisa traía de los bosques.

Desde el pedestal sobre el que se iergue soberbió el León de Waterloo, la vista se estendía muy lejos sobre el llano, de un color verde, cortado aquí y allá con manchas oscuras salpicadas de puntos blancos: son los bosques y las casas.

Al Sur la mirada se perdía donde los blancos caminos que se dirigen uno hácia Nivelles y el otro á Charleroi se confunden en los cielos azulados . . . Allá estaban dispuestos en vastos semicírculos los últimos restos de la «Grande Armée».

A la derecha se divisa Haie Sainte y más lejos la Pappelote. Varios bosques pequeños se ven á este lado y los pueblecillos muestran su edificación blanca semi-perdida á veces trás una cortina de árboles.

La noche vá cubriendo de negro el paisaje y alumbrado por los últimos destellos de Febo que muere, miro estos bosques de donde salieron las bayonetas que habían de cambiar la faz de la batalla . . . y del mundo.

ALFREDO LABASTIÉ OTAMENDI

Avignon, Abril de 1911

Domingo F. Sarmiento

SARMIENTO

Tuvo la clara luz de los videntes
Y la fe imponderable de un cruzado.
Fué adusto, fué sincero, fué obstinado
No le inmutó el sarcasmo de las gentes.

Propagó las verdades á torrentes,
Y fué con la ignomimia despiadado:
Yá maestro, yá prócer, yá soldado,
Los necios fustigó y los prepotentes.

Como el águila real sus alas de oro
Baña en la ardiente luz de un sol levante,
Así él las de su espíritu en la gloria.

Y, explorador ceñudo de un tesoro,
Austentó la grandeza de un gigante
Cruzando por los bosques de la historia.

José OLIVA NOGUEIRA

Domingo F. Sarmiento

DOS ALMAS

Se encontraron sobre la cubierta de un trasatlántico entre las palideces de un crepúsculo brumoso y frío. Hasta entonces jamás la mirada de Elio se había detenido sobre el rostro de Reyna; solo algunas veces la carcajada de esa chicuela, con trazas de mujer, llegó á sus oídos como una campanilla de armoniosas voces; pero en aquella tarde sin sol, gris, pesada, la casualidad que los había separado por algún tiempo iba á reunirlos bajo un tristísimo cielo de invierno.

Elio huyendo de la algazara del salón, solo sobre la cubierta, contemplaba el mar, abandonando la amable gentileza con que trataba á todo el mundo, fija la mirada sobre la olas pérfidamente tranquilas, parecía interrogar á las sombras, sondear lo ignorado, presentir lo inexplicable. En su mirada siniestra había vaguedades tenebrosas; en el fondo de sus órbitas rodaba un reto al destino, y los rizos negros flotando alrededor de su blanco rostro eran como la condensación alada de sus sombríos pensamientos.

Contaba treinta años y hacía quince que vagaba solo, completamente solo; joven aún la desgracia le arrojó de su patria, llevando, como por castigo, una gran cantidad de oro; desde entonces erró por la tierra, olvidado de su patria, átomo perdido en el abismo de la humanidad, sin poder comprar con todas sus riquezas un ser que le hiciera feliz.

Aquella travesía del inmenso océano era quizá la

Domingo F. Sarmiento

vigésima emprendida para destruir el tédio que le consumía: ¡Y aún no encontraba lo tan ansiosamente buscado! Era bello, de arrogante apostura y no había posado aún sus labios sobre el rostro de un ser querido No había respirado la inmensa felicidad de concentrar el objeto de la vida en el efecto único de un ser adorado; solo, siempre solo, el desterrado del amor, el pária de la felicidad.

Pareció sumirse en un delirio; el agua que se abría en espumosos torbellinos le traía la idea de otra vida; en esos abismos, los monstruos que se mueven alrededor de vegetaciones desconocidas ¿qué camino marcaría esa huella de cadáveres, fúnebre itinerario á través de las sombras? y qué importa cual sea? Si es horrible no ha de serlo más que la nostalgia del alma sin amor; el beso voluptuoso de las olas le adormecía en dulce letargo; la oscuridad le aprisionaba con sus frías garras y rápido, con el vértigo del torbellino, que sin cesar se abre y desaparece, le llevaría á la muerte. ¡La muerte! ¿qué resta aspirar sinó á ella después que la vida nos ha hecho desgraciados? ¿Que resta aspirar?

¡Oh! el mar le atraía, ese mar hipócrita que lamía los costados de la nave sin indicios de su poder inmenso; las olas le llamaban á su líquido regazo; el abismo se mostraba á sus ojos palpitante, con todos sus horrores, tentando su valor.

De pronto volvió la cabeza; tuvo el presentimiento de que había alguien cerca de él y que ese alguien le comprendía. Reyna, la mujer de risa sonora, estaba á veinte pasos de él, pálida, transfigurada, desprovista de su máscara sonriente, llevando sobre su rostro la impre-

Domingo F. Sarmiento

sión de un dolor inmenso, en las pupilas verdes lágrimas, hijas de quién sabe que ignota emoción.

Elio se acercó á Reyna. ¿A dónde vais? le preguntó.

—A la locura, respondió Reyna con tristeza—y vos?

—A la muerte, contestó el joven.

Ah! — continuó Reyna — sufris. Si habéis pasado por todas las amarguras que la vida brinda con burlona sonrisa, si vuestra alma ha sido torturada como la mia, si la indiferencia é ironía de otros ha envenenado vuestro espíritu, id á la muerte si tenéis valor de someterla, id á la muerte que solo ella puede procurar el descanso después de tan grandes sufrimientos!

—Yo soy un hombre niña, tengo treinta años, vos sois una débil criatura; yo puedo hablar de grandes dolores; pero vos, débil niña que recién os iniciais en la vida ¿qué capricho os ha hecho concebir ideas tan atormentadoras?

—Tenéis treinta, yo solo diez y seis, vos sois un hombre, yo una débil niña, una criatura, y sin embargo no sabéis todo lo que hay en el fondo de mi risa. No sabéis que hasta en los sueños la imágen de mi pasado me hace experimentar lo indecible, que vivo en una atmósfera gracial porque no tengo otro séquito de acompañantes que mis ilusiones muertas.

Bebo láudano, para olvidar un instante que vivo y ha de amanecer otro día testigo de mi angustia suprema; lo más dulce que me ofrece el mundo es el engaño y sin embargo, soy más artista que vos. A corta distancia vuestra, he oido de vuestros labios un monólogo febril, una imprecación á la muerte, la impresión del desaliento del

Domingo F. Sarmiento

que vá á ser derrotado por la mano brutal de la desgracia y he comprendido que el dolor ha hecho algo semejante nuestras almas; pero de mi boca, jamás hubierais oído la relación de mis tristezas; de noche el mar puede contemplar algunas veces como no ha mucho habéis visto, mis ojos húmedos de lágrimas, hasta he dejado escapar un sollozo, pero nadie, nadie de los que viven á nuestro alrededor, comprendería jamás la causa de esas lágrimas.

He aprendido á reír cuando en presencia de las gentes me ahogan los sollozos, á divertir á los otros con mis dichos de colegiala inquieta, cuando quisiera destruir una á una las fibras de mi cerebro, arrancar el pensamiento, olvidar quien soy, embriagarme para descender al nivel del bruto, para no pensar jamás. Eso de pensar, es mi más cruel martirio; he pensado muy pronto, he despertado muy temprano, he comprendido lo que quisiera ignorar siempre; he tenido constantemente la costumbre de rasgar el velo de todo lo que se me presentaba ante mi vista para mirar lo que hay atrás, ver lo que se oculta en el fondo de todo, cualquiera que sea ese todo. He sido excéptica, he llorado la maldad de todo lo humano, pero he aprendido á cubrirme con ese velo que esconde todo, por eso soy para el vulgo, para ese mundo que ama tanto las bufonadas y que jamás piensa si el corazón del bufón estará roto, la personificación de la alegría, la juventud, la felicidad. Decidme ahora ¿para qué tanto arte sinó para ocultar grandes dolores?

—Es verdad, yo no sería capaz de tanto fingimiento; mi arte no pasa de ser gentilmente despreocupado; pero en cambio me habéis dicho que vais á la locura, á la muerte moral y no pensais que un día podeis despertar

Domingo F. Sarmiento

de esa muerte y sentir más potentes, más horribles vuestros sufrimientos.

—¡Oh! no, mi locura será una abreviación más ligera de la vida. El láudano no hace ya bastaste efecto, quiero beber algo que arranque de mi cerebro el pensamiento.

—Decidme ahora, ¿qué habeis sentido de noche en el camarote, á la izquierda del vuestro?

—¡Cómo, sois vos! Esa tos mortal es vuestro pecho el que desgarrá?

—Sí, ya lo veis, la sentencia está firmada; yo era bella, fuerte, sangre ardiente coloreaba mis mejillas, y mis labios eran más rojos que las amapolas: pero el dolor me convirtió en la pálida figura que veis, en la pobre tísica, que no tiene para ocultar su dolor más que esas contorsiones histéricas, movimientos graciosísimos para esas damas atolondradas, palpitaciones supremas del alma que se desgarrá! Talvez viva hasta la otra caída de las hojas... ¡Quién sabe! — continuó en voz queda como en un rezo — cuando pase el verano y vuelvan los cielos á vestir su manto oscuro y el sol á morir en crepúsculos sombríos, cuando el viento silve entre las ramas sin hojas, entonces llegará el fin, rodaré al abismo pavoroso de la muerte!

—¡Pobre niña! no sabeis que cuando se acerque el fin, os acometerá el delirio de la vida, que encontrareis en esta existencia, que hoy maldecís, encantos sin iguales, que tratareis en vuestra fiebre de alejar á la muerte de vuestro lado, que si los sufrimientos de hoy son grandes, los de entonces serán monstruosos!

—Nó, jamás, jamás, como ahora, y nunca lloraré la

Domingo F. Sarmiento

vida que se extingue, os lo aseguro, soy muy fuerte, adoro la locura, amo la muerte.

—Y decidme niña, ¿nada hay que pudiera haceros amar de nuevo la existencia?

—¡Amar la vida! nada, nada, es demasiado tarde!

Reyna elevó los ojos hacia Elio y al encontrarse sus miradas la niña y el hombre sintieron una conmoción extraña, un sentimiento desconocido hizo latir sus corazones con violencia, y sus labios se agitaron preguntándose en dúo sentimental: ¿Quién sois?

—La realización de vuestro destino, respondieron al mismo tiempo. Y el hombre que jamás había bebido la dulzura de un beso, buscó los labios de la mujer desengañada, y en el silencio sepulcral de la noche que había llegado, sonó triste, desesperado, un ósculo largo como un sollozo . . .

MARIA ESTHER ASTRADA

Rosario, Mayo de 1911



Domingo F. Sarmiento

Desde la Torre del Congreso

(FRAGMENTO)

Desde esta Torre gris, que en las noches sin estrellas, parece hundirse en lo azul; desde esta torre, sostenida por el mármol y el granito de su base y sus paredes, miro, en este mes de Mayo, propicio á las gentes para la meditación patriótica y guerrera, un desfile de hombres y cosas, que son el recuerdo y la leyenda de nuestra nacionalidad.

Desde esta torre, miro:

Velas, muchas velas, velas que empuja el viento, velas que han surcado mares remotos y asistido á las grandes batallas, donde la bravura castellana, la hidalga bravura de los paladines, vió teñirse de rojo las aguas de los océanos, y tornarse en oro, cobre y violeta, las tardes solemnes de los ponientes marinos. Velas, bajo cuyos pliegues, viene el favorito y su corte. El favorito, y su corte de vicios, de asesinos que se harán conquistadores, de tráfugas de todas las cárceles, de pillos de todos los caminos, de frailes de todos los conventos, para los cuales, tendrá la musa un laurel y el poeta una estrofa.

Miro el desembarco de esta turba épica, y miro el desencanto hecho arrugas en sus rostros (2 de Febrero de 1535, por la primera vez, Buenos Aires tu nombre tiene un eco en los vientos del Plata).

La tierra es la misma que dejaron al partir de sus

Domingo F. Sarmiento

costas. El oro, solamente está en las nubes, en las nubes, que están más allá de la mano.

Ellos no conocen más posesión que la posesión de la mujer, porque la mujer es más fácil de poseer que la tierra.

El trabajo que hace grietas en sus lomos, el santo sudor de las frentes que hacen fecundos los ovarios no lo conocían.

Solo les queda la golondrina azul de la ilusión y conducidos por ella, trotarán sobre la pampa, trotarán sobre los montes, trotarán, trotarán siempre, en sus caballos, que conocen las noches trágicas de los campamentos en derrota y la voz autoritaria del señor Carlos V, cuando al frente de sus arcabuceros, quiso imponer á la Europa su religión y su hierro; ceñirse sobre su cabeza, la pesada corona, fundida con la diadema de todos los reyes vencidos, y hacer flamear su estandarte de sangre y de fe, más allá de España, más allá de Nápoles, más allá de Flandes, más allá de Bizancio, más allá . . . antes de hacerse monje y morir, cristianamente, en la paz de Jesús . . .

Miro el nacimiento de una pequeña ciudad, de una colonia minúscula, en las márgenes de un gran océano. Ciudad de soldados, donde la brutalidad será norma y la espada ley. Más que su valor, que dejaron en las guerras del Continente, traen sus enfermedades, su miseria y sus ansias; ansias en demasia; ansias que le hicieran soportar peligros y privaciones, por algo que de lejos, se ve más luminoso que el sol.

Ciudad de guerreros, cuyas manos no saben sino herir, y cuyas gargantas, no conocen sino el grito de alerta, cuando las tolderías rebeldes, lanzan su alarido de ataque y de muerte.

Domingo F. Sarmiento

Si el sueño los rinde, no tendrán al dormirse, un recuerdo á la casa paterna, á la cual no han de ver ya, hechos son á andar y andar. Hace tiempo que el humo de los combates les encalleció el corazón.

También tú, Don Miguel de Cervantes, saldrás un día de tu casa, y andarás y andarás. Y viejo, pobre, y manco, con tu Quijote dentro del pecho, volverás á los lares. La dulce madre ha muerto soñando en el hijo que se fué... Y allí, Don Miguel de Cervantes, rememorando el apagado calor de tu hogar, llorarás las lágrimas que lloran los desterrados, al volver á sentarse al amparo de los viejos techos paternos, adonde no se vuelve, sino para dormir el último, y más perdurable de los sueños.

Miro, cómo los adelantados cimentan el egoísmo futuro, repartiendo solares entre sus tenientes adictos y cómo la pequeña colonia de soldados se convierte en centro de contrabandistas y filibusteros, crece, crece poco á poco, con ese crecimiento enorme de los idiotas, cuya gordura á base de comida es plácida y pobre.

Con el crecimiento de la ciudad, la soldadesca desaparece; son actores que no tienen papel que desempeñar, y dejan la escena libre, al elemento civil y noble, más al contacto con los ministros dispensadores de mercedes, paulatinamente ocuparon la máquina administrativa y la asesoraron en nombre del Rey.

Terminados los preliminares de la fundación, puesta

Domingo F. Sarmiento

ya la casa en condiciones de ser habitada, los que la cimentaron con su sangre y su espada, esos, se van. Y los que la aprovechan, los que tendrán vida y renta asegurada, serán los otros, los más viejos y achacosos, pero también, los más astutos, que esperaron la calma, para gozar tranquilamente del botín que no conquistaron. La astucia de los gabinetes, que ha primado y primará por sobre la miopía cerebral de los valientes que sólo saben morir.

Los virreynatos de Buenos Aires, Méjico, Perú, serán el *premio* á disputarse por los leales servidores de la Corona.

Estamos ya en la época de los fastuosos virreyes,— la media blanca, el calzón corto, el botín charolado con hebillas de oro. Para los expertos, Buenos Aires, la gran Buenos Aires se distingue á lo lejos.

A nombre del Rey, los virreyes fueron arbitrarios y saquearon las arcas; á nombre del Rey, la soldadesca primitiva se hizo propietaria de la tierra que conquistó: después cuando el Rey sea substituído por la nueva entidad *Patria*, cuando el período *patriótico* de Mayo, haya desaparecido, y vengan al gobierno de la República, los hombres encargados de hacer cumplir una Constitución jurada, será entonces, que en su nombre, y en el de la Patria, los herederos de un régimen antiguo, restaurarán en un rincón de la América, un momento histórico, que sin exagerar, tiene un simil exacto, en el gobierno de los Pretores, encargados por Roma de administrar sus provincias.

.....

Contemplo luego el período agónico de estos mismos

Domingo F. Sarmiento

virreynatos, el del nuestro sobre todo, con las dos invasiones inglesas que le demostraron á lo vivo la decadencia de su reinado de tres siglos.

Los lobos habían tenido lobeznos y era justo que los lobos jóvenes se comieran á los lobos viejos.

Ya no sabían ceñirse una tisona, ni envolverse con la capa del pícaro para pedir *hidalgamente* una limosna.

Con un pié en la barca que conduce Caronte lo único que saben y hacen es jugar al tresillo y tomar chocolate en las discretas veladas de la Colonia.

IV

Siento en mi pecho, el grito, el grito que hizo estremecer la ciudad en la tarde lluviosa y gris. Y no distingo más que un hombre, y no escucho más que una voz.

Oh! Mariano Moreno, yo te debo un Padre Nuestro digno de tí; un Padre Nuestro, rezado devotamente, á la hora de acostarme, con la unción con que alguna vez lo supe rezar.

Desde aquí te veo. Pareces un niño por tu cara, y sin embargo, Vulcano, te pedirá un poco del fuego que tienes para atizar su hornalla.

¡Tus nervios! No puedes con tus nervios! Y así escribes, hablas y apostrofes, con apóstrofes que agrandan tu figura, en el Tiempo y el Espacio, chico para contener-te, como fué suficiente el mar para tragarte.

Toda la revolución eres tú. Por algún tiempo, serás su único representante y su primer paladín.

Y te veo partir; tu destierro, que tiene otro nombre.

Y luego, una barca que se detiene en alta mar; una barca fúnebre, á cuyo bordo hay hombres que lloran, sobre un cuerpo que han de echar al mar.

Domingo F. Sarmiento

Sol de Mayo, enlútate, porque Mariano Moreno ha muerto; alma mía, entona una plegaria, porque Mariano Moreno ha muerto. Hermanos! al fondo del mar se han ido Moreno y la revolución.

«Era menester tanta agua para apagar tanto fuego»!

Por esta frase, Saavedra, te recuerda la historia, bendito seas, por esta sola frase.

Moreno, Mariano Moreno, ¡que tu cuerpo flote sobre las aguas, como el Espíritu Santo sobre todas las cabezas!

Se dirá de tí; como de Rómulo y Sarmiento, que un día dejaste tu ciudad, para no volver nunca. No descansas en la tierra tuya y en la tierra nuestra, pero nada de eso, justifica una disminución en el cariño que te tenemos.

Si tus restos estuvieran en un hermoso mausoleo, y fueran lugar de peregrinaje para los argentinos, como lo fué Jerusalén para los cruzados, al verlo, sentiría una impresión de vacío en el espíritu.

Por grande que fuera, no tendría tu talla; no sería lo suficientemente espacioso, para encerrar los sueños que soñaste, y que se fueron contigo.

Y pensemos . . . poner, tanta piedra, tanto mármol, sobre cenizas que holgadamente caben en el puño de un niño.

Y ya que tu espíritu, anda errante como las golondrinas y las mariposas, vén, éntrate en mí, y por mi boca sal hecho palabra, y pueda así, con la sugestión de tu sombra, como con la sugestión de un perfume que hace tiempo aspiramos, contar las cosas nuevas que mis ojos ven . . .

JORGE WALTER PERKINS

Buenos Aires, Mayo de 1910

El Estudiante Argentino

Para la Revista "Domingo F. Sarmiento"

Aquel que como yo ha dedicado muchos años de su vida á la enseñanza en el viejo continente y continúa aquí la labor de instruir á la juventud, no puede evitar la comparación entre estos y aquellos estudiantes. Del parangón resulta el argentino mejor dotado de las condiciones necesarias para aprender, es decir, con más viveza intelectual y mayor despejo en el razonar y concebir, pero en cambio tiene en su contra el defecto de la distracción que aún siendo una idiosincrasia propia de la edad, es en él mucho más acentuada que en el estudiante europeo.

Efecto indudablemente de una imaginación más viva, esa falta de atención reconoce además otras causas remotas entre las cuales podríamos señalar el influjo de la raza, el ambiente natural y social y hasta el modo de ser de la familia en el país.

El estudiante europeo, por regla general, es algo tardío en asimilar los conocimientos cuando no le invade la pereza de pensar, pero es atento casi siempre; no así el argentino que de ordinario solo atiende durante una pequeña parte del tiempo necesario para entender de aquello que se le explica. Bien es verdad que como se dice vulgarmente, «caza al vuelo» la enjundia de lo que oye y en el caso de ser preguntado reviste este *abstractum* con lo que su rica imaginación le sugiere para salir del paso.

Domingo F. Sarmiento

Es muy frecuente que el estudiante en Europa esté sometido á sesiones de tres horas de clase por la mañana y otras tantas por la tarde sin intervalo de recreo alguno; y á pesar de la tortura que supone este absurdo régimen de enseñanza, el pobre alumno está quieto, trata de entender porque se imagina que atiende, se engaña á si mismo y hace por lo menos el esfuerzo de obedecer al régimen que le obliga á una atención tan prolongada. En cambio, nuestros discípulos difícilmente soportan un corto tiempo de concentración de la mente y son víctimas del defecto, que no sé si llamar orgánico, de la inconstancia y futilidad.

Ahora bien: ¿Es remediable este defecto? Afirmo en absoluto que gran parte de él desaparece cuando el maestro cuenta con elementos que le ayuden en la tarea instructiva. Desgraciadamente no es entre nosotros la enseñanza todo lo práctica y experimental que se requiere para despertar el interés en el alumno y hacer amena y agradable cualquiera explicación. No hay discípulo bien educado que se distraiga ante las maravillas que pueden presentársele en el campo del microscopio, frente á los hermosos panoramas y paisajes que se le proyecten luminosamente en una pantalla, ó ante la demostración de una ley física con aparatos adecuados.

Contando con que se pudiera por los medios dichos desarrollar en el alumno el espíritu de observación, las inmejorables cualidades que antes le hemos asignado harían lo demás y entonces nada faltaría al estudiante argentino para estar en disposición de ser el fundamento más sólido del porvenir brillante que á su patria espera.

J. CORTÉS.

Gran Exposición de Artefactos

Instalaciones Eléctricas y Fuerza Motriz

IMPORTACIÓN DIRECTA

E. OLIVARI

CÓRDOBA 1171

ROSARIO

PROFESIONALES

Dr. Pó M. Olcese

ABOGADO

Buenos Aires 1140

Rosario

Dr. Victor R. Pesenti

ABOGADO

Corrientes 811 (2º piso)

Rosario

Dr. Juan José Tallon

ABOGADO

Corrientes 1323

Rosario

Dr. Ricardo Foster

ABOGADO

Córdoba 791 (3º piso)

Rosario

Dr. Francisco Netri

ABOGADO

San Martín 1124

Rosario

Dr. Martín Munuce

ABOGADO

Independencia 743

Rosario

Dr. G. Fernandez Díaz

ABOGADO

Córdoba 1545

Rosario

Dr. Francisco Correa

ABOGADO

Laprida 890

Rosario

Dr. Emilio F. Solari

MEDICO

Tucumán 1008

Rosario

Dr. S. Carbó

MEDICO

Urquiza 1120

Rosario

Juan A. Devoto

INGENIERO

25 de Diciembre 895

Rosario

José Munuce

Y

Arturo Cóverton

ESCRIBANOS

Santa Fe 858

Rosario

CASA FERRER == Tres Cosas Buenas ==
CAFE FERRER - TE FERRER Y ACEITE FERRER

==== *Reparto á Domicilio* =====

1167 = SAN MARTIN = 1173 == TELÉFONO 1732

————— ■ Rosario de Santa Fé ■ —————

Aceite extra de oliva

OTTONE

Producto Genuino de los Mejores Olivares de Italia

GRAND PRIX PARIS

==== FUERA CONCURSO =====

Venta en 1900 == 32.000 cajones
" " 1906 == 52.600 "
" " 1908 == 70.000 "

Lo que comprueba que es la marca de mayor consumo y

LA PREFERIDA

CONOCEDORES: Pruébenlo, analícenlo, compárenlo con las demás marcas y se convencerán que es el mejor.

ÚNICOS IMPORTADORES:

EN BUENOS AIRES

Mignaquy & Cía.

EN ROSARIO

Santiago Pinasco & Cía.

Aparatos para Multiplicar Copias
“OPTIMUS”

Cuidado con las imitaciones -- Pidan Prospectos

COMPañÍA Gral. ARTES GRÁFICAS

Corrientes esq. San Lorenzo

· Teléfono 1909

· Rosario

Instituto Rivadavia

CORRIENTES 1046 al 1052 - ROSARIO

(Plaza Santa Rosa)

Director:

JUAN B. ORRIOLS

Prof. Normal, Bachiller y Prof. Mercantil

Se reciben Pupilos, medio Pupilos é Internos

La casa cuenta con
Un servicio especial para
Banquetes, Lunchs y
Pic-nics.

Postres, Masas, Con-
fites, y Bombones finos.

Confitería y Rotissería "COLÓN"

Jaime Mitjans

Calle Urquiza 1388 al 1398 esq. Corrientes

TELÉFONO 750

Rosario de Santa Fé

Casa Savia y Ferruggia

Córdoba 1015 - Rosario

SOMBRERERIA

CAMISERIA

ZAPATERIA

NOVEDADES

Sombrero extra liviano
marca J. Heine Ita, de Viena
Salón Especial de Peluquería

Piccardo & Cía.

CIGARRILLOS

43

De 0.20, 0.30 y 0.40, Los 0.20 con premios

Córdoba 944 - Rosario

BANCO ESPAÑOL

- DEL -

RIO DE LA PLATA

CALLE SAN MARTIN Esq. SANTA FE—ROSARIO

Sucursales en el exterior: Londres, Génova, Paris, Madrid, Montevideo, Barcelona, Rio Janeiro, Hamburgo y Vigo.

Sucursales en el interior y agencia en la capital	
Capital suscrito	\$ 100.000.000.00 cpl
Capital integrado y reservas al 31 de marzo de 1911	> 73.965.000.00 <
Fondo de reserva y previsión	> 28.220.784.72 <
Prima á suscribir sobre las acciones no integradas	> 15.404.983.50 <

OPERACIONES DEL BANCO

Hace por cuenta propia y por comisión de terceros toda clase de operaciones bancarias. Además puede aceptar representaciones industriales y comerciales, consignaciones de mercaderías, todo género de comisiones de carácter comercial y, en general, todo negocio lícito.

Corresponsales directos en Europa, Asia, Africa, América del Norte y del Sur, etc. Expide cartas de crédito, letras de cambio y transferencias por cable. Compra y venta de títulos y valores cotizables en las plazas comerciales. Cobranzas de cupones y dividendos. Se reciben depósitos hasta nuevo aviso en las condiciones siguientes:

ABONA

Depósitos en cuenta corriente, á oro y mpl. sin interés

	mpl	ors
á 30 días	1 1/2 o/o	1 1/2 o/o
> 60 >	2 1/2 >	2 1/2 >
> 90 >	3 1/2 >	3 1/2 >
> 6 meses	4 >	4 >
> 1 año	4 1/2 >	4 1/2 >
> 2 años	5 >	5 >
> 3 años	5 1/2 >	5 1/2 >
> 4 años	6 >	6 >

Depósitos á premio con libreta: desde 10 \$ cpl hasta 10.000 pesos cpl.
Después de 60 días, 4 o/o.

COBRA

En cuenta corriente, en oro sellado y moneda legal, 8 o/o.

Descuentos generales convencional.
El Banco tiene una oficina que se encarga especialmente de la administración de propiedades, cobranza de alquileres y arrendamientos.

CORNELIO CASABLANCA
Gerente

Banco Provincial de Santa Fe

CALLE SAN MARTIN Esq. SANTA FE—Rosario

ABONA

Por depósito en caja de ahorros, hasta pesos mñ 20.000	o/o
> > á plazo fijo de 30 días	o/o
> > á plazo fijo de 90 días	3 o/o
> > á plazo fijo de 180 días	4 o/o

COBRA

En cuenta corriente	8 o/o
Descuentos en letras y pagarés	7 o/o

COMPRA Y VENDE GIROS

SOBRE BUENOS AIRES Y SANTA FE

RAMON RODRIGUEZ SOTO, presidente
FEDERICO J. LLOBET, gerente

Banco de la Nación Argentina

CÓRDOBA y Gral. MITRE

COBRA

Por descuentos de letras con 20 y 25 o/o amortización trimestral	7 o/o
Por descuentos de letras con 10 o/o amortización trimestral	8 >
Por adelantado en cuenta corriente	7 >

ABONA

Por descuentos de pagarés de comercio y letras de pago íntegro hasta 6 meses plazo convencional corriente	sin int.
Por depósitos á plazo fijo de 30 días	1 1/2 o/o
Por depósitos á plazo fijo de 60 días	2 1/2 o/o
Por depósitos á plazo fijo de 90 días	3 1/2 o/o
Por depósitos á plazo fijo de 180 días	4 o/o
Por depósitos en caja de ahorros hasta \$ 10.000 después de 60 días	4 o/o

Este Banco cobra giros hasta 8 días vista sobre todas las plazas y pueblos donde existen sus sucursales sobre su Casa Central.

Expide giros sobre cualquier punto de Europa, Montevideo, Chile y Bolivia, á tipos muy favorables para los tomadores; efectúa toda clase de cobranza por cuenta de terceros y toda clase de operaciones.

Horas de oficina -Días hábiles: de 10 a. m. á 3 p. m.
Los Sábados hasta las 12 a. m

MARTIN DE SARRATEA
Gerente

The Berlitz School of Languages

EDIFICIO DE LA BOLA DE NIEVE

Esquina Córdoba y Laprida - Rosario

Prueba elocuente de la sencillez y facilidad de su método, y de la competencia de sus profesores, es la que ha dado la sucursal de esta Escuela en el Rosario, preparando en menos de 20 lecciones de diferentes idiomas, numerosas alumnas y alumnos de las Escuelas Nacionales de enseñanza superior, quienes, aplazados en los exámenes de Diciembre, han sido todos aprobados en Febrero, con altas clasificaciones.

SR. JULIO MENGEL.

Nuevo Director

“EL PITYUSO”

DE

José Ferrer

Cuadros, Pinturas, Material para
Artistas Pintores

San Juan esq. Laprida

— ROSARIO —

TE HORNIMAN

80 AÑOS DE FAMA

Consignatario:

Sociedad Inglesa de Primeras Marcas

Representante:

IGNACIO GRANADOS

CÓRDOBA 943

ROSARIO

ANGEL MUZZIO é Hijos

San Martín 1130 - Rosario

Máquinas en General

Automóviles S.C.A.T.

INTERESANTE!

Es el surtido que ofrece en todas
sus secciones.

Cassini y Cía.

San Martín esq. Rioja - Rosario

Pidan Catálogo y comprueven precios.

